

Boletín Oficial del Obispado de Santander

AÑO CXXXVII

NÚM. 3

MAYO - JUNIO 2013

IGLESIA EN SANTANDER

OBISPO

Cartas del Obispo	Día de la Acción Católica y del Apostolado Secular	1
	Vida Contemplativa en el Año de la Fe	2
	Adoración Eucarística en el Año de la Fe.....	4
	La devoción al Corazón de Jesús	5
	Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe.....	6
	La fe de la Iglesia.... ..	7
	Día del Papa y colecta del <i>Óbolo de San Pedro'</i>	9
Homilías	Fiesta de San Juan de Ávila y bodas sacerdotales	10
	Peregrinación a la S.I. Catedral. Vicaría de Santiago.....	14
	Virgen del Mar, Patrona de Santander	17
Conferencias	La vocación de la consagración secular en la Iglesia	20
	El Concilio Vaticano II: un concilio para el siglo XXI	34

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería	Nombramientos	46
	Vida Diocesana	
	Asamblea de Laicos	47
	Actividad pastoral de nuestro Obispo	48
	En la paz del Señor	52

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA	Mensaje con motivo de la Festividad del Corpus Christi	53
	Nota final de la CCXXVII reunión de la Comisión Permanente	58

IGLESIA UNIVERSAL

FRANCISCO

Homilías	Santa Misa con los Movimientos Eclesiales en la Solemnidad de Pentecostés.....	61
	A los Obispos de la Conferencia Episcopal Italiana	64
	Visita a la parroquia romana de Santa Isabel y San Zacarías	68
	Santa Misa en la Solemnidad del Corpus Christi	70
Audiencias Generales	Miércoles 8 de mayo. Como un verdadero papa	73
	Miércoles 15 de mayo. Para conocer la Verdad	75
	Miércoles 22 de mayo. La lengua que supera indiferencia y división	78
	Miércoles 29 de mayo. El calor de la Iglesia familia de Dios	81
	Miércoles 5 de junio. Contagiados por la cultura del descarte.....	83
	Miércoles 12. La Ley del amor	86

Iglesia en Santander

OBISPO

Cartas del Obispo

DÍA DE LA ACCIÓN CATÓLICA Y DEL APOSTOLADO SEGLAR

Testigos de la fe en el mundo

17 de mayo de 2013

El domingo 19 de mayo, celebramos la solemnidad de Pentecostés, la Pascua del Espíritu Santo. En esta fiesta la Iglesia en España celebra el *Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar*. En el contexto del Año de la fe, en el que estamos inmersos, el lema para esta Jornada es: *Testigos de la fe en el mundo*. Con este motivo, los Obispos de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar han escrito un Mensaje, que comento en esta *carta pastoral*.

El misterio y la vivencia de esta fiesta nos hacen poner nuestra confianza en la acción del Espíritu Santo, Señor y dador de vida, para que aumente nuestra fe y nos sintamos fortalecidos para transmitir el Evangelio en la Iglesia y en la sociedad.

En este Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar animamos a los fieles laicos a recuperar un texto de la exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, de la que se cumplen 25 años:” Los fieles laicos - debido a su participación en el oficio profético de Cristo – están plenamente implicados en esta tarea (la Nueva Evangelización) de la Iglesia. En concreto, les corresponde testificar cómo la fe cristiana, más o menos conscientemente percibida e invocada por todos, constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud” (*Christifideles laici*, n. 34).

Quiero, en comunión con todos los obispos, dar gracias a Dios, en este Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, por tantos queridos fieles laicos que con gran empeño estáis renovando vuestra alegría de creer y recuperando el entusiasmo de transmitir la fe, y que estáis estrechamente comprometidos entregando vuestras personas y recursos en favor de los más necesitados. Seguro que vuestra solicitud, generosidad y entrega en favor de la Iglesia y de todos los hombres se verá recompensada con la fecundidad de vuestro apostolado.

Elevo mi oración al Espíritu Santo en esta solemnidad de Pentecostés, para que llene de su gracia a nuestra Iglesia Diocesana, a la Acción Católica, a nuestros Movimientos de Apostolado Seglar y a todos los bautizados, para que “impulsados por la celebración del Año de la fe, todos juntos, pastores y fieles, nos esforcemos por responder fielmente a la misión de siempre: llevar a Jesucristo al hombre, y conducir al hombre al encuentro con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, realmente presente en la Iglesia y contemporáneo en cada hombre” (Papa Francisco, *Alocución a los cardenales*, 15.03.2013).

En esta Jornada felicito a todos los miembros de la Acción Católica y del Apostolado Seglar de nuestra Diócesis, especialmente al Sr. Delegado de Apostolado Seglar, D. J. Felipe Santamaría y a todo su Equipo. Agradezco asimismo a la Comisión Encargada de la Asamblea Diocesana de Laicos, presidida por el P. Manuel Herrero, Vicario General, el esfuerzo que están realizando en su preparación, que está llamada a revitalizar el apostolado de los laicos en nuestra Diócesis.

VIDA CONTEMPLATIVA EN EL AÑO DE LA FE
Centinelas de la oración
24 de mayo de 2013

El domingo 26 de mayo, solemnidad de la Santísima Trinidad, celebramos la *Jornada pro orantibus*. Es un día para que el pueblo cristiano tome conciencia, valore y agradezca la presencia de la vida contemplativa. Desde la clausura de los monasterios y conventos, las personas consagradas contemplativas, como afirma el Concilio Vaticano II: “dedican todo su tiempo únicamente a Dios en la soledad y el silencio, en oración constante y en la penitencia practicada con alegría” (*Perfectae caritatis*, 7).

El lema de la Jornada de este año es: *Centinelas de la oración*. La palabra centinela evoca vigilancia. La personas contemplativas vigilan como centinelas día y noche igual que las vírgenes prudentes la llegada del esposo (cfr. *Mt 25*, 1-13) con el aceite de su fe, que enciende la llama de la caridad. Los monjes y monjas son en la Iglesia centinelas de la oración contemplativa para el encuentro con el Esposo Jesucristo, que es lo esencial.

Nuestros monasterios son un oasis de silencio orante y elocuente. Son escuela de oración profunda bajo la acción del Espíritu Santo. Son espacios dedicados a la escucha atenta del Espíritu Santo, fuente perenne de vida, que colma el corazón con la íntima certeza de haber sido fundados para amar, alabar y servir.

Las personas contemplativas como centinelas apuntan siempre a lo fundamental y esencial. Para el hombre moderno, encarcelado en el torbellino de las sensaciones pasajeras, multiplicadas por los mass-media, la presencia de las personas contemplativas silenciosas y vigilantes, entregadas al mundo de las realidades “no visibles” (cfr. *2 Cor 4*, 18), representan una llamada providencial a vivir la vocación de caminar por los horizontes ilimitados de lo divino.

En esta *Jornada pro orantibus*, es justo y necesario que recemos por las personas contemplativas, que volvamos la mirada y el corazón a sus monasterios y pidamos por sus intenciones. Sin duda, sus intenciones van encaminadas a la permanencia en la fidelidad siempre renovada de todos sus miembros en la vocación recibida y al aumento de vocaciones en esta forma de consagración. En nuestra Diócesis de Santander tenemos 1 monasterio cisterciense de hombres con 20 miembros; y 11 monasterios femeninos con 128 miembros. Son un regalo de Dios para nuestra Iglesia Diocesana, que acogemos con gozo y gratitud.

Como un signo de gratitud, ayudemos también económicamente a los monasterios en sus necesidades materiales. Sabemos que las monjas y monjes son personas que por su habitual silencio y discreción no suelen pedir; pero son bien acreedoras a nuestras limosnas y generosidad, y nos pagarán con creces, alcanzándonos del Señor gracias y bendiciones de mucho más valor.

¡Feliz Jornada de la Vida Contemplativa en el Año de la fe!

ADORACIÓN EUCARÍSTICA EN EL AÑO DE LA FE
Festividad del Corpus Christi
2 de junio de 2013

Entre los motivos de la convocatoria del *Año de la fe*, el Santo Padre Benedicto XVI señalaba este tiempo como una oportunidad para “intensificar la celebración de la fe en la Liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza” (*Porta fidei*, n. 9).

En razón de este vínculo entre fe y Eucaristía, como está previsto en el calendario del *Año de la fe*, el próximo 2 de junio, solemnidad del Corpus Christi, a las 17:00 horas, se celebrará en Roma un particular momento de Adoración Eucarística presidida por el Papa Francisco en comunión con todos los Obispos del mundo.

El Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización propone que todos los Obispos se reúnan en sus respectivas Catedrales, haciéndolo extensivo a cuantas otras iglesias de sus Diócesis se quieran unir, para celebrar, en perfecta sincronía con la del Papa Francisco, una hora de Adoración Eucarística.

Por tanto, en un clima de comunión eclesial, dispongo lo siguiente para nuestra Diócesis:

1. Como Obispo presidiré una hora de Adoración Eucarística, en la S. I. Catedral, a las 5 de la tarde, en la festividad del Corpus Christi, el domingo 2 de junio. A este Acto están invitados especialmente los sacerdotes, religiosos y laicos de la ciudad de Santander.
2. Exhorto vivamente al resto de párrocos y rectores de iglesias de la Diócesis, que convoquen a los fieles para celebrar a esa misma hora una hora de Adoración Eucarística, según sus posibilidades.

Continuemos orando en este *Año de la fe* con la mirada fija en Jesucristo, “que inició y completa nuestra fe” (*Hb 12, 2*).

LA DEVOCIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

5 de junio de 2013

El viernes, 7 de junio, la Iglesia celebra la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Es una buena ocasión para reflexionar sobre el culto al Corazón de Jesús, al que la piedad del pueblo fiel le dedica el mes de junio.

La devoción al Corazón de Jesús se fundamenta en la Sagrada Escritura, en la Tradición viva de la Iglesia, en la Liturgia y en Magisterio de los Papas, sobre todo en los últimos tiempos.

Los SS. Padres de la Iglesia se detuvieron con gusto en el texto de San Juan sobre la lanzada de Cristo muerto en la cruz: “uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua” (Jn 19, 34). Profundizaron en la contemplación del costado abierto de Cristo, en la herida que se hizo en su Corazón, de donde brotaron el agua, símbolo del Bautismo, y la sangre, símbolo de la Eucaristía: los Sacramentos de la Iglesia.

En nuestros días, el culto al Corazón de Jesús cobra actualidad extraordinaria, porque precisamente del Corazón del Hijo de Dios, muerto en la cruz, ha brotado la fuente perenne de la vida que da esperanza al hombre. Del Corazón de Cristo crucificado nace la nueva humanidad, redimida del pecado. El hombre del tercer milenio tiene necesidad del Corazón de Cristo para conocer a Dios y para conocerse a sí mismo; tiene necesidad de él para construir la civilización del amor.

Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón, a unir el amor filial a Dios con el amor al prójimo.

Por eso debemos aprobar y alentar a cuantos, de cualquier manera, siguen cultivando, profundizando y promoviendo en la Iglesia el culto y la devoción al Corazón de Jesús, con lenguaje y formas nuevas adecuadas a nuestro tiempo, para poder transmitirlo a las generaciones futuras con el mismo espíritu que siempre lo ha animado.

Se trata, en definitiva, de guiar hoy a los fieles para que contemplen con sentido de adoración el misterio de Cristo, Hombre-Dios, a fin de que lleguen a ser hombres y mujeres de vida interior, personas que sientan y vi-

van la llamada a la vida nueva, al fortalecimiento de la fe, a la santidad; personas, que se preparen para la nueva evangelización, reconociendo que el Corazón de Cristo es el corazón de la Iglesia; urge que el mundo comprenda que el cristianismo es la religión del amor. Acerquémonos al Corazón abierto del Salvador, para que podamos beber con gozo de las fuentes de la salvación.

**ORIENTACIONES PASTORALES PARA LA COORDINACIÓN
DE LA FAMILIA, LA PARROQUIA Y LA ESCUELA
EN LA TRANSMISIÓN DE LA FE
5 de junio de 2013**

La Conferencia Episcopal Española ha publicado un documento titulado: *Orientaciones pastorales para la coordinación de la familia, la parroquia y la escuela en la transmisión de la fe*. Acoge las orientaciones dadas por el Papa Benedicto XVI sobre la llamada “*emergencia educativa*” y propone como una de las primeras respuestas de la Iglesia en España el “aunar esfuerzos, compartir experiencias, dedicar personas y priorizar recursos, con el fin de coordinar objetivos y acciones entre los diversos ámbitos: familia, parroquia y escuela, en orden a la transmisión de la fe, hoy”.

Las orientaciones pastorales “quieren ayudar a los padres de familia en su difícil y hermosa responsabilidad de educar a sus hijos; a los sacerdotes y catequistas en las parroquias en la paciente y apasionante misión de iniciar en la fe a las nuevas generaciones de cristianos; así como a los profesores de religión en los centros de enseñanza, estatales y de iniciativa social, católicos o civiles, preocupados y entregados a la noble tarea de formación de niños y jóvenes”.

El texto que ahora presentamos los obispos españoles se enmarca en el contexto de la *nueva evangelización*. Aun reconociendo las dificultades que plantea la coyuntura actual, “estamos persuadidos - decimos los obispos - de que desde una sana antropología, los niños, adolescentes y jóvenes poseen un gran depósito de bondad, de verdad y de belleza que los antivalores no pueden ocultar ni destruir. De hecho se advierte una sed generalizada de certezas, de valores y de objetivos elevados que orienten la propia vida”.

Las orientaciones pastorales de los obispos españoles dedican un apartado a los *medio y modos* para la coordinación en la transmisión de la fe. Repasa las situaciones que hay que tener en cuenta a las distintas edades; urge a los padres, catequistas, profesores y alumnos a dar testimonio cristiano; y repasa los medios y servicio mutuos que hay que tener en cuenta y prestar en los distintos ámbitos.

“Invitamos a todas las instituciones implicadas a colaborar en este proyecto al servicio de la transmisión de la fe. Formar a las nuevas generaciones siempre ha sido una labor ardua, pero gratificante. En las circunstancias actuales que nos toca vivir, podemos afirmar que es una tarea difícil, pero apasionante. Hoy necesitamos educadores de la fe que sean maestros y testigos.

LA FE DE LA IGLESIA

5 de junio de 2013

Estamos celebrando el *Año de la fe*, convocado por el Papa Benedicto XVI. Comenzó el 11 de octubre de 2012 y concluirá el 24 de noviembre de 2013, fiesta de Jesucristo Rey del Universo.

En esta breve *carta pastoral* quiero ofrecer unas reflexiones sobre la *fe de la Iglesia*. Cuando renovamos las promesas bautismales, concluimos con esta frase: *Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia que nos gloriamos de profesar en Cristo Jesús, Señor Nuestro. Amén.*

Los domingos, en la Santa Misa, recitamos el “*Credo*”. Nos expresamos en primera persona, pero confesamos comunitariamente la única fe de la Iglesia. El “*creo*” pronunciado singularmente se une al de un inmenso coro en el tiempo y en el espacio, donde cada uno contribuye, por así decirlo, a una concorde polifonía en la fe. El *Catecismo de la Iglesia Católica* sintetiza de modo claro así: “Crear” es un acto eclesial. La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la Madre de todos los creyentes. “Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por Madre” [San Cipriano]” (n 181). Por tanto, la fe nace en la Iglesia, conduce a ella y vive en ella. Esto es importante recordarlo.

En los comienzos de la Iglesia, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los Apóstoles, el día de Pentecostés (cfr. *Hc* 2, 1-13), la Iglesia na-

ciente recibe la fuerza para llevar a cabo la misión que le confió el Señor resucitado: difundir en todos los rincones de la tierra el Evangelio.

La Iglesia desde el principio es el lugar de la fe, el lugar de la transmisión de la fe, el lugar donde, por el Bautismo, se está inmerso en el Ministerio Pascual de la muerte y resurrección de Cristo, que nos libera de la prisión del pecado, nos da la libertad de hijos y nos introduce en la comunión con el Dios Trinitario.

Existe una cadena ininterrumpida de vida de la Iglesia, de anuncio de la Palabra de Dios, de celebración de los sacramentos, que llega hasta nosotros y que llamamos *Tradición*. Ella nos da la garantía de que aquello en lo que creemos es el mensaje originario de Cristo, predicado por los Apóstoles. El núcleo del anuncio primordial, que es el acontecimiento de la muerte y resurrección apostólica, expresada de un modo especial en los libros sagrados, se ha de conservar por transmisión continua hasta el final del tiempo” (*Dei Verbum*, 8). De tal forma que si la Sagrada Escritura contiene la Palabra de Dios, la Tradición de la Iglesia la conserva y la transmite fielmente a fin de que los hombres de toda época puedan acceder a sus inmensos recursos y enriquecerse con sus tesoros de gracia. Así, la Iglesia “con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las generaciones lo que es y lo que cree” (*Ibid.*)

La tendencia, hoy difundida, a relegar la fe a la esfera de lo privado contradice su naturaleza misma. Necesitamos la Iglesia para tener confirmación de nuestra fe y para experimentar los dones de Dios: su Palabra, los sacramentos, el apoyo de la gracia y el testimonio del amor. En un mundo en el que el individualismo parece regular las relaciones entre las personas, haciéndolas cada vez más frágiles, la fe nos llama a ser Pueblo de Dios, a ser Iglesia, portadores del amor y de la comunión de Dios para todo el género humano (cfr. *GS* 1).

DÍA DEL PAPA Y COLECTA DEL ‘ÓBOLO DE SAN PEDRO’ (30 de junio de 2013)

El día 29 de junio, solemnidad litúrgica de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, se celebra el *Día del Papa* y la colecta del ‘*Óbolo de San Pedro*’. En nuestra Diócesis de Santander, al no ser día festivo en el calendario laboral, se celebrará el Día del Papa, el **domingo siguiente, 30 de junio**.

Es una jornada dedicada a reflexionar sobre el ministerio del Sucesor de Pedro, a orar por el Papa Francisco, suscitado por el Espíritu Santo, que tanta esperanza ha suscitado en la Iglesia y en el mundo. El los primeros meses de su pontificado nos está llamando a todos a vivir con alegría la fe y a salir a las *periferias* geográficas y existenciales, con nuevas formas y movidos por el Espíritu Santo, desde la pobreza y la libertad evangélicas.

Es también un día para colaborar con nuestras limosnas para que el Santo Padre pueda realizar su misión evangelizadora y de caridad en favor de todas las Iglesias, especialmente de las más pobres.

Constituido por el mismo Cristo como Vicario suyo en la Iglesia, Cabeza visible de su Cuerpo y supremo Pastor de su Pueblo, Pedro y sus Sucesores apacientan con potestad plena, suprema y universal a la Iglesia de Jesucristo (cfr. Vaticano II, *Lumen Gentium* 22).

En comunión y bajo la autoridad del Papa Francisco, cada Obispo, como Sucesor de los Apóstoles, preside en la caridad, es vínculo de comunión y pastorea la porción del Pueblo de Dios, que es la Diócesis, y participa con el Papa y con los demás Obispos de la solicitud de todas las Iglesias. El Papa es el principio y fundamento visible de unidad de los Obispos y de todo el Pueblo de Dios.

Nuestra actitud ante el Papa ha de ser de respeto, veneración, cercanía y amor. Esta actitud ha de traducirse en una obediencia obsequiosa a su magisterio y a sus decisiones.

Con motivo del Día del Papa somos invitados a orar por Su Santidad el Papa Francisco, para que el Señor le conceda audacia de profeta, fortaleza de testigo, clarividencia de maestro, seguridad de guía y mansedumbre de padre.

También se nos pide nuestra colaboración económica, participando generosamente en la *colecta* llamada desde los primeros siglos ‘*Óbolo de San Pedro*’ (del griego ‘*obolós*’, moneda pequeña), para que el Santo Padre

pueda realizar su misión evangelizadora y de caridad con los más necesitados. Por eso la *colecta extraordinaria* que se haga en todas las **Misas del domingo, 30 de junio**, se enviará a la **Administración del Obispado** para ser remitida después a la Santa Sede. Un año más pido la colaboración económica de todos los diocesanos, a quienes os expreso mi sincero agradecimiento.

Homilías

FIESTA DE SAN JUAN DE ÁVILA Y BODAS SACERDOTALES

Seminario de Monte Corbán, 10 de mayo de 2013

Rom 12, 3-13; Ps 22; Jn 15,1-8

Queridos hermanos sacerdotes, diáconos, seminaristas, miembros de vida consagrada, familiares y amigos. Medios de Comunicación Social.

El Señor Jesús nos reúne un año más en nuestro Seminario de Monte Corbán, corazón de la Diócesis, en torno a la mesa de la Palabra y del sacrificio de la Eucaristía, “sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad” (San Agustín). Lo hacemos en este tiempo alegre de la Pascua florida.

Celebramos hoy, 10 de mayo, la fiesta de San Juan de Ávila, a quien cantamos con el himno patronal: “*Apóstol de Andalucía / el clero español te aclama/ y al resplandor de tu vida/ en celo ardiente se abrasa*”.

Este año celebramos su fiesta después de ser proclamado por el Papa Benedicto XVI, el 7 de octubre del año pasado 2012, *Doctor de la Iglesia universal*. Un motivo importante para la lectura y meditación de sus escritos, que nos ayudarán a conocer, amar e imitar a San Juan de Ávila, no sólo por su *doctrina eminente*(ese es uno de los requisitos para ser declarado Doctor de la Iglesia), sino por la forma de vivirla y comunicarla. Guiados por él, en este *Año de la fe* y en estos tiempos de *Nueva Evangelización*, debemos estar dispuestos a recibir la luz de su palabra y su pasión evangélica, para ser testigos que viven unidos a Cristo y evangelizan en este mundo nuestro.

Nuestra fiesta tiene sabor de familia, de fraternidad y de agradecimiento. Como presbiterio diocesano, damos gracias a Dios por el ministerio recibido, especialmente por estos hermanos nuestros, sacerdotes seculares y religiosos, que celebran el jubileo de sus bodas sacerdotales de diamante (11), de oro (8) y de plata (9). Un plantel de 28 trabajadores humildes en la viña del Señor. Hoy presentamos, como en un rico y subido ofertorio, sus vidas, cuajadas en cosecha de frutos sacerdotales. Ante el altar de Dios recordamos a sus padres que los engendraron a la vida, a sus hermanos y familia; a todos aquellos que hicieron posible la vocación primera; libre el posterior seguimiento en el Seminario y Noviciado; gozosa la actual permanencia en el ministerio, soportando los fríos y los calores del ministerio. Y le pedimos que acepte el deseo humilde, pero profundo que hoy les anima: ser trigo dorado en la era; ser pan vivo en la Iglesia; ser racimo fecundo unido a la Vid verdadera; ser pescadores de hombres y testigos de Cristo y de su Evangelio en el mundo.

Como Obispo y en nombre de toda la Diócesis (sacerdotes, diáconos, miembros de vida consagrada, fieles laicos y seminaristas), les agradecemos su ejemplar, fiel y generosa dedicación a Cristo y a nuestra Iglesia en las diversas parroquias, oficios y servicios pastorales que han desempeñado en estos sesenta, cincuenta y veinticinco años de vida sacerdotal y religiosa. Junto con el agradecimiento, nuestra más cordial felicitación y sincera enhorabuena, extensiva a todas sus familias, algunos de cuyos miembros están hoy con nosotros.

San Juan de Ávila, modelo de sacerdotes

En este día volvemos la mirada y el corazón a nuestro Santo Patrón, San Juan de Ávila. Es un ejemplo de sacerdote evangelizador y misionero, que recorrió las tierras de Andalucía sembrando el Evangelio, organizando convictorios para los sacerdotes, dirigiendo a miles de fieles y especialmente de sacerdotes con sus retiros, con sus sermones y con sus cartas. La siembra más importante de su espíritu sacerdotal la hizo sin embargo por medio de su ejemplo. Su vida fue un testimonio de amor a Dios y a los hombres, siguió el ejemplo de Cristo, consagrando gran parte de su tiempo a la oración y viviendo con alegría la pobreza evangélica, la obediencia apostólica y el abnegado servicio al apostolado y a la evangelización. En su vida y en sus

enseñanzas tenemos una fuente inagotable para alimentar nuestra vocación de sacerdotes al servicio a la Iglesia Diocesana, como fieles colaboradores del Obispo.

En el evangelio de esta Santa Misa ha resonado de nuevo la conocida alegoría de la Vid y los sarmientos (cfr. Jn 15, 5).

“Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos”. El sacramento del Orden nos injerta con un carácter propio y con una unión especial con Cristo-Vid verdadera: *“El presbítero encuentra la plena verdad de su identidad en ser una derivación, una participación específica y una continuación del mismo Cristo, sumo y eterno Sacerdote de la nueva alianza”* (PDV 12).

“Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos”. Vosotros. Caigamos en la cuenta del valor del plural: vosotros. El presbítero siempre será un co-presbítero. Ha sido incorporado por la misma ordenación a un colegio, a un presbiterio. No podrá prescindir de él, si no quiere adulterar sustancialmente su ministerio. Esto entraña la nota de la fraternidad sacramental, de la comunión, de la corresponsabilidad. Su misión tampoco puede prescindir de la comunidad, a la que sirve en representación de Cristo Cabeza y Pastor. Los dones que ha recibido son para los demás y ha de ejercerlos, como nos ha dicho San Pablo en la primera lectura de la carta a los Romanos: como buenos hermanos, seamos cariñosos unos con otros, estimando a los demás más que a uno mismo [...] sirvamos constantemente al Señor; que la esperanza nos tenga alegres; estemos firmes en la tribulación y asiduos en la oración (cfr. *Rom* 12, 3-13).

“Yo soy la Vid, vosotros los sarmientos”. Esta afirmación tiene también una referencia a la Eucaristía. En ella aparece, de la manera más visible, quién es el sacerdote y qué hace para la vida y misión de la Iglesia. En la Eucaristía, el sacerdote, estrecha su unión con Cristo, Vid verdadera y fuente de vida sobrenatural. En la Eucaristía, se fortalece su ministerio para poder prolongar su entrega en todos los momentos de la vida. *“Esto es mi Cuerpo, esta es mi Sangre”*. *“Tomad y comed: tomad y bebed”*. Lo dice y lo hace Cristo a través del sacerdote, en la celebración de la Eucaristía y en cada momento de la vida. Lo que los sacerdotes tenemos que hacer en memoria de Cristo no es sólo repetir un rito como meros funcionarios, sino hacer de nuestra vida una existencia “eucarística”, es decir, una entrega obediente a la voluntad de Dios y un servicio generoso y sacrificado a los hermanos.

El Papa Francisco, en la ordenación de diez sacerdotes, el domingo 21 de abril pasado, domingo del Buen Pastor y Jornada de oración por las vocaciones, les decía: “Lean y mediten asiduamente la Palabra de Dios, para creer aquello que han leído, para enseñar lo que aprendieron, y para vivir lo que han enseñado [...] Con el Bautismo agregarán nuevos fieles al Pueblo de Dios. Con el sacramento de la Penitencia redimirán los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia. Y hoy les pido en nombre de Cristo y de la Iglesia: por favor, no se cansen de ser misericordiosos” [...] Sean pastores, no funcionarios. Sean mediadores, no intermediarios”.

12 (232)

San Juan de Ávila, testigo de la fe para la Nueva Evangelización

Cuando el Santo Padre Benedicto XVI proclamaba a San Juan de Ávila Doctor de la Iglesia universal, nos lo presentaba también como testigo de la fe y maestro de evangelizadores en el contexto de la Nueva Evangelización. Se cumplían así las palabras proféticas del Papa Pablo VI en la homilía de su canonización en el año 1970: “San Juan de Ávila es un sacerdote que, bajo muchos aspectos, podemos llamar moderno, especialmente por la pluralidad de facetas que su vida ofrece a nuestra consideración y, por tanto, a nuestra imitación”.

La recia personalidad del Maestro Ávila, su amor entrañable a Jesucristo, su pasión por la Iglesia, su ardor y entrega apostólica son estímulos permanentes para que vivamos con fidelidad la vocación a la que Dios nos llama a cada uno y seamos testigos de la fe.

“El amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, es la clave de la experiencia personal y de la doctrina del Santo Maestro Ávila, un ‘predicador evangélico’ siempre anclado en la Sagrada Escritura, apasionado de la verdad y referente cualificado para la Nueva Evangelización” (Benedicto XVI, *Carta Apostólica*).

Confiemos a la Virgen María, Madre de los sacerdotes, el don de nuestro sacerdocio e imploremos la intercesión de nuestro Santo Patrón San Juan de Ávila, para que lo leamos, lo amemos e imitemos en el ejercicio de nuestro ministerio. Amén.

AÑO DE LA FE
PEREGRINACIÓN A LA S. I. CATEDRAL
Vicaría de Santiago
11 de mayo de 2013

Queridos hermanos: Sr. Deán-Presidente del Cabildo de esta S. I. Catedral; Sr. Vicario Episcopal Territorial de Santiago; Srs. Arciprestes, sacerdotes, diáconos, seminaristas, miembros de vida consagrada y fieles laicos de los arciprestazgos de la Santa Cruz y Virgen de la Barquera, en cuyo arciprestazo estoy realizando la Visita Pastoral. Medios de Comunicación Social.

“*La puerta de la fe*” (cfr. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros” (Benedicto XVI, *Porta fidei*, n. 1).

El Año de la fe es “una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo” (*Ibidem*, n. 6). En este Año de la fe se da a los fieles “la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este Año, las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el Credo” (*Ibidem*, n. 8).

Nuestra Diócesis de Santander, en su Programación Pastoral Diocesana 2012-2013, propone en una de sus acciones, la peregrinación de cada una de las cuatro Vicarías Territoriales a la S. I. Catedral para celebrar y confesar la fe de la Iglesia en torno al Obispo, sucesor de los Apóstoles, en comunión con el Sucesor de Pedro, que preside el Colegio Episcopal. Ya lo han hecho durante la Cuaresma las Vicarías de San Pablo (centro y sur de la Diócesis), San Pedro (ciudad de Santander y alrededores) y San Andrés (parte oriental de Cantabria).

Sentido de la peregrinación

Hoy, 11 de mayo, en la celebración litúrgica de la Ascensión del Señor, en el clima gozoso de la Pascua, peregrináis a nuestra Catedral, madre y cabeza de todas las iglesias de la Diócesis, los fieles de la Vicaría Territorial de Santiago, una amplia zona que comprende Liébana, Cabezón de la Sal,

Saja-Nansa y la costa occidental como San Vicente de la Barquera. Además, habéis llegado en autobuses fieles de Potes, Cabezón, Treceño y Comillas. Os doy las gracias de corazón a todos los aquí presentes, que habéis dejado vuestras casas y parroquias, para peregrinar a esta S. I. Catedral.

¿Cuál es el sentido de la peregrinación? La historia de la Iglesia es una constante peregrinación. La peregrinación evoca el itinerario personal y comunitario tras las huellas de Jesucristo Redentor del hombre; es ejercicio de laboriosa ascesis, de esfuerzo y sacrificio. Peregrinar es rezar con los pies; es traer al pie del altar nuestros gozos y esperanzas, nuestras angustias y tristezas; es confesar nuestros pecados, pedir perdón y alcanzar la misericordia divina en el sacramento de la Penitencia y el don de la indulgencia plenaria.

Con esta peregrinación podemos ganar la *indulgencia plenaria*, concedida por la Santa Sede, cumpliendo las condiciones acostumbradas en la Iglesia: confesión sacramental, comunión eucarística, recitación del Credo y oración por las intenciones del Papa.

Solemnidad de la Ascensión del Señor

Celebramos hoy con toda la Iglesia en este domingo VII de Pascua, la admirable Ascensión del Señor a los cielos. Una fiesta que es estas tres cosas: *glorificación y triunfo de Jesús; participación nuestra en su victoria; comienzo de la misión de la Iglesia.*

1. *Glorificación y triunfo de Jesús.* Para Jesús, la Ascensión es como el remate glorioso de su vida y obra. San Lucas en la primera lectura de los Hechos de los Apóstoles presenta la Ascensión como el momento culminante de la Historia de la Salvación. La Resurrección es el momento crucial: victoria sobre el pecado y la muerte. La Ascensión es el culmen, el otro pilar del puente pascual: el “paso” a la glorificación plena.

Cristo asciende hoy a la plenitud de su victoria a la derecha del Padre (2ª lectura de la carta a los Efesios). Es constituido Señor, Kyrios de la creación, del cielo y de la tierra, de lo visible e invisible, “por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación y por encima de todo nombre conocido no sólo en este mundo, sino en el futuro”.

Desde hoy “todo lo que pidamos al Padre en su nombre, nos lo concederá” (Jn 16, 23); en su nombre concluirá la oración; en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados; en su nombre se realizará la salvación.

2. *Participación nuestra en su victoria.* Pero el triunfo en plenitud de Cristo es ya también nuestra victoria: la de la humanidad, la de la historia y la de toda la creación. “El cielo ha comenzado, / vosotros sois mi cosecha. / El Padre ya os ha sentado / conmigo a su derecha” (*Himno de laudes*).

La Ascensión de Cristo es primicia de todas nuestras “ascensiones”: la persona tiene un proyecto de hombre nuevo en el que mirarse; la humanidad tiene un ideal de progreso total al que aspirar; la historia y la creación tienen un final feliz que alcanzar.

La esperanza, nacida a la luz en la mañana de la Resurrección, tiene una meta en la que fundarse. “Hasta que lleguemos al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud” (*Ef 4, 13*). “Este es el plan que había proyectado realizar por Cristo cuando llegase el momento culminante: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra” (*Ef. 1, 10*).

3. *Comienza la misión.* Para San Lucas, Jerusalén es el punto de llegada (Evangelio) y el punto de partida (Hechos de los Apóstoles). “Partid frente a la aurora, / salvad a todo el que crea. / Vosotros marcáis mi hora. / Comienza vuestra tarea” (*Himno de laudes*).

Es la hora de la misión. Jesús, exaltado a los cielos y hecho Señor del cosmos y de la historia, nos enviará la fuerza de su Espíritu en Pentecostés para que seamos sus testigos hasta los confines del mundo. Es la hora de la misión. Toda nuestra pastoral debe ser evangelizadora y misionera. Como dice el Papa Francisco hay que evitar una Iglesia “autoreferencial”. “Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga, se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, les quiero decir francamente que prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autoreferencialidad; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar “la dulce y confortadora alegría de evangelizar” (Papa Francisco, *Carta a los Obispos de Argentina*, 14.04.2013).

La Iglesia, como testigo de la fe en Jesucristo, prosigue su tarea de llevar a todos los rincones de la tierra el Evangelio de Jesús y lo hace entre otras formas, mediante los Medios de Comunicación Social. Hoy celebramos la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales, con el lema “Re-

des Sociales: portales de verdad y de fe; nuevos espacios para la evangelización". Las redes sociales son como una plaza pública y abierta en la que las personas comparten ideas, informaciones, opiniones, y donde además nacen nuevas relaciones y formas de comunidad pública.

Durante el Año de la fe debemos tener muy presente a la Santísima Virgen María, proclamada "bienaventurada" por haber creído (cfr. *Lc 1, 45*) y propuesta por el Concilio Vaticano II como "*tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo*" (*LG 63; SC 103*). En esta tarde del mes de mayo, el mes de María, el mes de las flores, le ofrecemos la flor de nuestra vida, la alegría de nuestros niños, los proyectos de nuestros jóvenes, y la flor con espinas de

los desvelos de las familias en esta hora de grave preocupación por la crisis económica, que tan duramente está golpeando en el desempleo, la falta de vivienda, los recortes en sanidad y educación.

En esta Eucaristía el Señor prepara ahora para nosotros la mesa del banquete pascual de la Eucaristía.

Os reitero mi gratitud por vuestra participación en esta peregrinación y os deseo una feliz Solemnidad de la Ascensión del Señor. Amén.

**VIRGEN DEL MAR
PATRONA DE SANTANDER
20 de mayo de 2013**

Salve, Virgen del Mar. Con fe te honramos, con amor te veneramos, con esperanza acudimos a ti.

Con esta exclamación saludamos esta mañana, lunes de Pentecostés, a nuestra Madre y Reina, la Virgen del Mar, Patrona de Santander en el día grande su fiesta.

Aquí estamos a tus plantas, Virgen del Mar, los sacerdotes, diáconos, seminaristas; las autoridades de nuestra Autonomía; el Cabildo Catedralicio y el Ayuntamiento de la Ciudad de Santander para la renovación del secular Voto por los favores recibidos.

Aquí está el pueblo de San Román de la Llanilla y de la ciudad de Santander, con sus pueblos Cueto, Monte y Peñacastillo.

Aquí está la Hermandad de la Virgen del Mar, que fomenta la formación de sus miembros, el verdadero culto mariano y la dimensión social de la fe.

Estamos participando en la Eucaristía, fuente y cumbre de la vida cristiana y de la misión de la Iglesia, en la que participa la Banda Municipal y la Coral de las Hospitalidad de Lourdes, delante de la Ermita-santuario, situada en esta bella isleta en la costa Norte de Santander y ante la Imagen gótica de nuestra Señora del Mar, con el Niño Jesús sentado sobre sus rodillas mirando al frente.

La Virgen del Mar es *faro* de la luz de Cristo que nos guía a nosotros “navegantes” en los “mares” de este mundo y *guía*, que orienta a los peregrinos. A su presencia acudían tripulaciones de barcos, tras las angustias sufridas en la mar. Y durante las terribles pestes que asolaron Santander a partir del siglo XVI está documentada la bajada de la Imagen a la Villa para solicitar su maternal protección contra la enfermedad.

La Virgen del Mar, como hemos escuchado en la primera lectura del libro del *Eclesiástico*, echó raíces entre nosotros, un pueblo glorioso, en la porción del Señor, en su heredad. Ella es la madre del amor puro, del conocimiento y de la santa esperanza. Ella nos dice: venid a mí, los que me amáis y saciaos de mis frutos

La Virgen del Mar, madre de la santa esperanza.

El Evangelio de *San Juan* que acabamos de proclamar narra el “signo” de la conversión del agua en vino en las bodas de Caná de Galilea. Aquí aparece la intercesión poderosa de la Virgen, la Madre de Jesús.

También hoy, ante la falta del vino de la alegría por la grave situación, que estamos viviendo le pedimos a la Virgen del Mar que interceda por nosotros ante su Hijo Jesús, para que ella sea señal de esperanza y de consuelo en esta hora de apuros de tantas familias.

Lamentablemente persiste la crisis económica y social, que golpea a muchas familias con sus secuelas del paro, especialmente del desempleo de los jóvenes, la pérdida de la vivienda o la falta de la atención debida a los ancianos y emigrantes. Persiste la desprotección legal del derecho a la vida de los niños que van a nacer.

En estos momentos, las tensiones sociales en la calle aumentan. Es verdad que la inmensa mayoría de nuestros conciudadanos tienen un admirable espíritu cívico que se muestra en la disposición a asumir sacrificios

necesarios y a colaborar en la solución de los problemas que sufren las administraciones públicas, las empresas y las familias. Sin embargo, es necesario vigilar para que el delicado equilibrio de la paz social y de las instituciones fundamentales del Estado no sufran graves alteraciones, que tendrían consecuencias negativas para todos. Nadie debería aprovechar las dificultades reales por las que atraviesan las personas y los grupos sociales para perseguir ningún fin particular, por legítimo que sea, que perdiera de vista el bien común de todos los ciudadanos.

La Virgen del Mar cerca de Dios y cerca de los hombres

La Iglesia nos invita a acudir en esta hora a la Virgen María, que está cerca de Dios y cerca de los hombres. Desde el cielo no se desentiende de sus hijos de la tierra. La Iglesia ve a María presente como Madre e Intercesora en los complejos problemas de los individuos, las familias y los pueblos. La ve socorriendo al pueblo cristiano en todas las necesidades materiales y espirituales.

La Virgen del Mar nos ayuda en estos momentos a no dejarnos dominar por el miedo, la resignación y la desesperanza y a comprometernos en la construcción de un mundo nuevo más justo, más fraterno, más solidario.

Es verdad que ante la crisis económica, la Iglesia no puede ofrecer soluciones en clave política y económica, pero sí puede ofrecer la luz de la Palabra de Dios y la Doctrina Social de la Iglesia y puede llamar a todos a la *responsabilidad*, a la *solidaridad* y a la *esperanza*. Vivimos unos tiempos en los que tenemos que hacer especiales esfuerzos y sacrificios, buscando entre todos el bien de todos, especialmente de las personas más vulnerables.

La Madre de Dios nos mueve a transformar con la fuerza del Evangelio de su Hijo Jesús los criterios de juicio, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación (cfr. *EN*, 19).

Conclusión.

¡Virgen del Mar!, ¡Señora y Madre nuestra! Haznos fuertes en la fe para ser testigos valientes y alegres de tu Hijo en la Iglesia y en el mundo. Alienta nuestra esperanza en los avatares de la vida y en esta hora de dificultades. Mantén vivo el fuego del amor en nuestros corazones para con Dios y

para el prójimo pobre y necesitado. Y, en todo momento, mientras cruzamos el mar de la vida, ruega por nosotros, Santa Madre de Dios, para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Conferencias

LA VOCACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN SECULAR EN LA IGLESIA Universidad Pontificia de Salamanca, 2 de mayo de 2013

Me alegro de estar hoy aquí en nuestra Universidad Pontificia de Salamanca para participar en el Acto de presentación oficial de la Cátedra: **Iglesia, secularidad, consagración**, promovida por la Conferencia Española de Institutos Seculares (CEDIS).

Saludo con particular afecto al Sr. Rector Magnífico, Dr. D. Ángel Galindo García, que nos acoge en esta querida Universidad del Episcopado Español.

Expreso mi afecto fraterno a Mons. Manuel Sánchez Monge, Obispo de Mondoñedo-Ferrol, Responsable de los Institutos Seculares en la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, a quien le manifiesto mi profunda gratitud por su labor al frente de esta parcela tan importante de la Vida Consagrada. Me uno a él en la comunión del Colegio episcopal, que preside el Sucesor de Pedro, el Papa Francisco.

Saludo y felicito cordialmente a la Sra. Presidenta de CEDIS, D^a. Lydia Jiménez González, Directora Nacional de las Cruzadas de Santa María, Auditora en el último Sínodo de los Obispos, entregada a la promoción y animación de los Institutos Seculares.

Saludo al Dr. D. Jacinto Núñez Regodón, Decano de la facultad de Teología de la UPSA, que ha expuesto la finalidad y los contenidos de la nueva Cátedra y me ha dedicado unas amables palabras de presentación.

Saludo a D^a Lourdes Grosso M. Id, Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada en la CEE, que alienta y dinamiza todas las iniciativas de las distintas formas de Vida Consagrada.

Un saludo agradecido a todos los participantes en este Acto: miembros de los Institutos Seculares, profesores y alumnos.

Mi presencia esta mañana aquí es expresión del aprecio que los Obispos tenemos por esta forma de consagración secular, a la vez que nos alegramos por la feliz iniciativa de la presentación oficial de esta nueva Cátedra: Iglesia, secularidad, consagración, en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Se me ha confiado a través del Dr. Gonzalo Tejerina Arias, Coordinador de la nueva Cátedra, pronunciar la conferencia que figura en el programa del Acto. Agradezco las informaciones, que me ha facilitado en todo momento.

Este es el plan de mi exposición: en la introducción resaltaré la importancia y la novedad de los Institutos Seculares y el camino recorrido desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días. En el desarrollo de la conferencia trataré estos tres puntos: 1) Vida en medio del mundo y santificación desde dentro; 2) Una espiritualidad de la encarnación vivida con el carisma propio; 3) Los Institutos Seculares y la Nueva Evangelización, destacando algunas urgencias de la nueva evangelización en esta hora.

Introducción

1. Importancia y novedad de los Institutos Seculares.

El Espíritu Santo, admirable artífice de los carismas en la Iglesia, ha suscitado en nuestro tiempo *nuevas formas de vida consagrada*, como respuesta a las nuevas necesidades que la Iglesia encuentra para realizar su misión en el mundo. Entre esas nuevas formas de vida consagrada están los Institutos Seculares, “cuyos miembros quieren *vivir la consagración a Dios en el mundo*, mediante la profesión de los consejos evangélicos en el contexto de las estructuras temporales, para ser así levadura de sabiduría y testigos de gracia dentro de la vida cultural, económica y política. Mediante la síntesis, propia de ellos, de secularidad y consagración tratan de *introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo*, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas. De este modo, mientras la total pertenencia a Dios les hace plenamente consagrados a su servicio, su actividad en las normales condiciones laicales contribuye, bajo la acción del Espíritu, a la animación evangélica de las realidades seculares. Los Institutos Seculares contribuyen de este modo a asegurar a la Igle-

sia, según la índole específica de cada uno, una presencia incisiva en la sociedad”¹.

Los Institutos Seculares son una novedad en la Historia de la Iglesia. Es verdad que ha habido expresiones y formas de consagración secular en todos los tiempos. Pero la carta de naturaleza teológica y canónica de los Institutos Seculares es del 2 de febrero de 1947, cuando el Papa Pío XII promulgó la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesia*, por la que se reconocían y aprobaban las sociedades laicales o clericales, cuyos miembros viven en el mundo y profesan los consejos evangélicos para vivir la perfección cristiana y ejercer plenamente el apostolado. Esta Constitución Apostólica fue muy innovadora. El Motu Proprio *Primo Feliciter*, también del Papa Pío XII, resaltaba con mayor claridad la originalidad de una vocación nueva y distinta de la vocación de los religiosos, destacando la *secularidad* como parte sustancial y constitutiva de la consagración de los miembros de los Institutos Seculares. Más adelante, la Sagrada Congregación de Religiosos, con la Instrucción *Cum Sanctissimus* establecía las condiciones para la erección canónica de los Institutos Seculares.

2. Del Concilio Vaticano II hasta nuestros días.

El Concilio Vaticano II dedicó poco espacio a los Institutos Seculares. Son citados expresamente en el Decreto *Perfectae Caritatis*, número 11 y en el Decreto *Ad Gentes*, número 40. Más adelante se da un paso importante con la Constitución Apostólica *Regimini Ecclesiae universae* sobre la reforma de la Curia Romana (1967), por la que la Congregación de Religiosos pasó a llamarse Congregación para los Religiosos y los Institutos Seculares, con lo cual aparecía más clara la distinción entre ambas formas de consagración.

Después del Concilio el Magisterio Pontificio ha sido abundante y clarificador. El Papa *Pablo VI* tuvo cinco intervenciones importantes entre discursos, alocuciones y homilías con motivo de Congresos Internacionales y en XXV aniversario (1972) de la *Provida Mater Ecclesia*. El Beato Papa *Juan Pablo II*, además de la Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, en la que dedica un número amplio a los Institutos Seculares, tuvo siete discursos, de distinta amplitud y calado, con motivo de Congresos y L Aniversario de la *Provida Mater Ecclesia*. Finalmente el Papa *Benedicto XVI* ha tenido

¹ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, n. 10.

dos importantes intervenciones: el Discurso a los participantes en la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares (3 de febrero de 2007) y el Mensaje a la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares celebrada en Asís, en el mes de julio del año 2012.

En el intermedio de este periodo, que va desde el Concilio Vaticano II hasta nuestros días, el Código de Derecho Canónico del año 1983, en el Título III, “De los Institutos Seculares”, legisla sobre ellos en los cánones 710-730.

La presencia en el Código de la legislación sobre los Institutos Seculares es uno de los acontecimientos más importantes y significativos del nuevo texto legal, pues, como hizo notar Pablo VI, se da una profunda y providencial coincidencia entre el carisma de los Institutos Seculares y una de las realidades más importantes y claras del Concilio: la presencia de la Iglesia en el mundo. La vida consagrada secular es precisamente la *consagración* de la *secularidad*, la unión indisoluble y esencial entre la vida *secular* y la *vida consagrada* por la profesión de los consejos evangélicos, con la audaz misión de superar el dualismo Iglesia-Mundo, y de ser el “*arquetipo de la presencia del Evangelio y de la Iglesia en el siglo*”.

La entrada de los Institutos Seculares en el cuerpo del Código fue un motivo de alegría para todos. Para los propios Institutos Seculares, porque de esta manera se favorece el conocimiento de esta forma de vida consagrada como una realidad teológica, canónica y existencial, con la consiguiente promoción de vocaciones para un estilo de vida difícil, pero bello y apasionante, que constituye una de las grandes esperanzas de nuestro tiempo. Para los religiosos, porque puede ser un elemento de excepcional importancia para superar las crisis de identidad tan frecuentes en los últimos años, producidas por haber asumido rasgos de la vida consagrada secular, con el deseo o so pretexto de una mayor encarnación en el mundo, que ha llevado más allá de lo que permite la auténtica y fiel consagración religiosa. También para los laicos, porque pueden percibir mejor el testimonio y el estímulo de unos cristianos que viven el Evangelio radicalmente, en unas circunstancias y situaciones iguales a las suyas.

LA VOCACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN SECULAR EN LA IGLESIA

1. Vida en medio del mundo y santificación desde dentro.

La *consagración* (elemento genérico) y la *secularidad* (elemento específico) son dos elementos coesenciales de la vida consagrada en los Institutos Seculares, cuya razón de ser es la propia santidad y la del mundo, el *apostolado*. La secularidad consagrada apostólica resume la fisonomía del carisma propio de los Institutos Seculares.

La secularidad, que no puede confundirse con el secularismo, es un concepto que no ha sido fácil de elaborar y que ha supuesto años de búsqueda seria y humilde, como manifestaba el I Congreso Mundial de Institutos Seculares, celebrado en el año 1970. La secularidad consagrada no aparta del mundo, como sucede en los religiosos, ni de las actividades o profesiones seculares, sino que inserta a los consagrados más profundamente en la actividad secular y en las profesiones y estructuras de la ciudad terrena, con la finalidad de transformar las estructuras y la vida social de acuerdo con el plan de Dios.

Los consagrados seculares se encarnan y se comprometen más radicalmente con el mundo para actuar en él como *fermento* y transformarlo desde dentro según el espíritu del Evangelio. Tienen que estar en el mundo sin ser de él, tienen que vivir íntimamente con los hombres, participar de sus esperanzas y angustias, de sus gozos y dificultades, pues su misión en el mundo coincide con su vivir en la sociedad, con asumir la responsabilidad de la ciudad secular para ser agentes de la auténtica liberación y promoción humana.

La secularidad consagrada ha de ser el arquetipo de la armonía que debe existir entre el Evangelio y el compromiso en el mundo, el testimonio de la actitud de la Iglesia hacia la sociedad temporal. El Papa Pablo VI, que tanto contribuyó a configurar la secularidad de los consagrados, decía que su condición existencial y sociológica se convertía en una realidad teológica y en su camino para realizar y atestiguar la salvación.

La importancia y la fuerza de los Institutos Seculares dentro de la Iglesia y al servicio de todos los hombres es muy grande. A este respecto afirmaba el Papa Pablo VI: *“No puede menos de verse la profunda y providencial coincidencia entre carisma de los Institutos Seculares y una de las líneas*

más importantes y más claras del Concilio: la presencia de la Iglesia en el mundo"².

Consagración y secularidad son factores identificadores, que caracterizan la identidad de los Institutos Seculares. Por una parte, la asunción de los consejos evangélicos como regla de vida confiere una consagración especial a los miembros de los Institutos Seculares que viven en el mundo y buscan la perfección de la caridad, así como el procurar la dedicación a la santificación del mundo. Por otra parte, la secularidad constituye, como venimos diciendo, la especificidad de la consagración: vivir las exigencias evangélicas *in saeculo*, en las condiciones de vida ordinaria. Y también asumen el hacer apostolado a partir de las realidades terrenas, que, en definitiva, es presencia evangelizadora en el propio ambiente³.

El Papa Pablo VI, en el XXV aniversario de la *Provida Mater Ecclesia* había afirmado que la secularidad: "*No representa una condición sociológica, un hecho externo, sino también una actitud: estar en el mundo, saberse responsable para servirlo, para configurarlo según el designio divino en un orden más justo y más humano con el fin de santificarlo desde dentro*"⁴.

El carácter secular de la consagración en los Institutos Seculares, por un lado, pone de relieve los medios con los que se esfuerzan por realizarla, es decir, los medios propios de todo hombre y mujer que viven en condiciones ordinarias en el mundo; y, por otro lado, la forma de su desarrollo, es decir, la de una relación profunda con los signos de los tiempos que están llamados a discernir, personal y comunitariamente, a la luz del Evangelio.

Personas autorizadas han considerado muchas veces que precisamente este *discernimiento* es el carisma de los Institutos Seculares, para que puedan ser laboratorio de diálogo, "el laboratorio experimental" en el que la Iglesia verifique las modalidades concretas de sus relaciones con el mundo"⁵.

A los consagrados seculares se les pide instituir formas particulares de vida, de compromiso apostólico, de intervenciones sociales, salvo las que

² PABLO VI, *Alocución a los Institutos Seculares en el XXV aniversario de la 'Provida Mater Ecclesia'*, 2 de febrero de 1972.

³ Cfr. H. URS VON BALTHASAR, *Sobre la Teología de los Institutos Seculares*. Teología Espiritual 29 (1985), 163-196.

⁴ PABLOVI, *Alocución a los Institutos Seculares en el XXV aniversario de la 'Provida Mater Ecclesia'*, 2 de febrero de 1972.

⁵ PABLOVI, *Discurso a los Responsables Generales de los Institutos Seculares*, 25 de agosto de 1976.

pueden surgir en las relaciones personales, fuentes de riqueza profética. Ojalá que como la levadura que hace fermentar toda la harina (cfr. *Mt* 13, 33), así sea la vida de los consagrados seculares, a veces silenciosa y oculta, pero siempre positiva y estimulante, capaz de generar esperanza.

Por tanto, el *lugar* del apostolado de los Institutos Seculares es todo lo humano, no sólo dentro de la comunidad cristiana - donde la relación se entabla con la escucha de la Palabra y con la vida sacramental, de las que se alimentan para sostener la identidad bautismal -, sino también dentro de la comunidad civil, donde la relación se realiza en la búsqueda del bien común, en diálogo con todos, llamados a testimoniar la antropología cristiana que constituye una propuesta de sentido en una sociedad desorientada y confundida por el clima muticultural y multirreligioso que la caracteriza⁶.

2. Una espiritualidad de la encarnación vivida con el carisma propio.

La secularidad se convierte en lugar *teológico* mediante el misterio de la Encarnación.

“En realidad, el Verbo que se hizo carne celebra las nupcias de Dios con la humanidad de cada época. El misterio por los siglos y siglos escondido en la mente del Creador del universo (cfr. *Ef* 3, 9) y manifestado en la Encarnación, es proyectado hacia su realización futura, pero entretejido en el hoy, como fuerza redentora y unificadora. En el interior de la humanidad en camino, inspirados por el Espíritu Santo, (los consagrados seculares) pueden reconocer los signos y a veces escondidos que revelan la presencia de Dios. Sólo gracias a la fuerza de la gracia, que es don del Espíritu, pueden vislumbrar en los caminos, a menudo torcidos de los acontecimientos humanos, la orientación hacia la plenitud de la vida sobreabundante. Un dinamismo que representa, más allá de las apariencias, el verdadero sentido de la historia según los designios de Dios. La vocación de los consagrados seculares es estar en el mundo asumiendo todas las cargas, los anhelos, con una mirada humana que coincida siempre con la divina, de la que brota un compromiso original, peculiar, fundado sobre la conciencia de que Dios escribe su histo-

⁶ BENEDICTO XVI, *Discurso con motivo del 60 aniversario de la ‘Provida Mater Ecclesia’*, 3 de febrero de 2007.

ria de salvación en la trama misma de los acontecimientos de nuestra historia”⁷.

“La obra de la salvación no se llevó a cabo en contraposición con la historia de los hombres, sino dentro y a través de ella. Al respecto dice la *carta a los Hebreos*: “En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo” (*Hb* 1,1-2). El mismo acto redentor se realizó en el contexto del tiempo y de la historia, y se caracterizó como obediencia al plan de Dios inscrito en la obra salida de sus manos”.

“El mismo texto de la *carta a los Hebreos*, texto inspirado, explica: “Primero dice: *Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, ni holocaustos, ni víctimas expiatorias*, que se ofrecen según la ley. Después añade: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad*” (*Hb* 10, 8-9). Estas palabras del salmo, que la carta a los Hebreos ve expresadas en el diálogo intratrinitario, son palabras del Hijo que dice al Padre: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad*. Así se realiza la Encarnación: *He aquí que vengo para hacer tu voluntad*. El Señor nos implica en sus palabras, que se convierten en nuestras: “He aquí que vengo, con el Señor, con el Hijo, a hacer tu voluntad”.

“De este modo se delinea con claridad el camino de la santificación (de los consagrados seculares): la adhesión oblativa al plan salvífico manifestado en la Palabra, la solidaridad con la historia, la búsqueda de la voluntad del Señor inscrita en las vicisitudes humanas gobernadas por su providencia. Y, al mismo tiempo, se descubren los caracteres de la misión secular: el testimonio de las virtudes humanas, como “la justicia, la paz y el gozo” (*Rom* 14, 17), la “conducta ejemplar” de la que habla San Pedro en su primera carta (cfr. *1 Pe* 2, 12), haciéndose eco de las palabras del Maestro: “Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y del gloria a vuestro Padre que está en los cielos” (*Mt* 5, 16) ⁸.

⁷ BENEDICTO XVIO, *Mensaje a la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares*, 18 de julio de 2012.

⁸ BENEDICTO XVI, *Discurso con motivo del 60 aniversario de la ‘Provida Mater Ecclesia’*, 3 de febrero de 2007.

3. Los Institutos Seculares y la Nueva Evangelización.

3.1. Urgencia de la Nueva Evangelización.

La Teología de la Encarnación y de la historia es parte esencial de la Nueva Evangelización, porque los hombres de nuestro tiempo tienen necesidad de reencontrar una mirada global sobre el mundo y sobre el tiempo, una mirada verdaderamente libre y pacífica⁹.

La Nueva Evangelización, a la que nos convocan los últimos Papas es una llamada a un mayor compromiso pastoral en el presente y en el hoy de la historia y ello comporta, simultáneamente, la *conversión a Cristo y encarnación en el mundo*.

Los Institutos Seculares, si son fieles a su vocación de secularidad consagrada apostólica tienen una misión muy importante hoy en la Iglesia. Son un medio privilegiado de Evangelización, de anuncio explícito del amor de Dios Padre revelado en Cristo Jesús. Son un modo concreto de superar el dualismo entre la fe y la vida, entre la Iglesia y el mundo, entre Dios y el hombre.

La evangelización es hoy más urgente que nunca por la especial coyuntura social y cultural que estamos viviendo, sobre todo, en Europa y también en España. El Beato Juan Pablo II, en la exhortación apostólica *Ecclésia in Europa* analizó con claridad la situación espiritual de nuestro Continente. Aludió al oscurecimiento de la esperanza, a la pérdida de la memoria y de la herencia cristiana unida a una especie de agnosticismo práctico y de indiferencia religiosa. Aludió también al miedo de afrontar el futuro, consecuencia del vacío interior y de la pérdida del sentido de la vida, a la crisis del matrimonio y de la familia, al egocentrismo que encierra en sí mismo a las personas y a los grupos, a la globalización insolidaria, al intento de hacer prevalecer un mundo sin Dios.

El Papa Benedicto XVI, preocupado por esta situación y por la vivencia y transmisión de la fe en los países de tradición cristiana, creó el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, y convocó la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos (Roma, 7-28 de octubre de 2012), que trató el tema: "*La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana*".

⁹ Cfr. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Santa Misa por la Nueva Evangelización*, 16 de octubre de 2011).

Por otra parte, el día 11 de octubre del año 2011 publicaba una carta apostólica en forma de motu proprio titulada: “*Porta fidei*” (Puerta de la fe), con motivo del 50° aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, “*cuyos textos no pierden su valor ni su esplendor*” (NMI, 2). En esta preciosa carta apostólica, con la que convocaba el *Año de la fe*, el Papa habla de la “*exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo del encuentro con Cristo*” (n. 2).

Estos acontecimientos eclesiales, promovidos por el querido y recordado Papa Benedicto XVI, ponen a toda la Iglesia en estado de Nueva Evangelización.

El Papa Francisco también está impulsando con fuerza y gestos sencillos el anuncio de Jesucristo en esta hora de la Iglesia y del mundo, exhortándonos a salir de la *autoreferencialidad* de la Iglesia que se mira a sí misma a las *periferias geográficas y existenciales*. Escuchemos estas palabras interpeladoras en su Carta a los Obispos de Argentina: “Una Iglesia que no sale, a la corta o a la larga, se enferma en la atmósfera viciada de su encierro. Es verdad también que a una Iglesia que sale le puede pasar lo que a cualquier persona que sale a la calle: tener un accidente. Ante esta alternativa, les quiero decir francamente que prefiero mil veces una Iglesia accidentada que una Iglesia enferma. La enfermedad de la Iglesia encerrada es la autoreferencialidad; mirarse a sí misma, estar encorvada sobre sí misma como aquella mujer del Evangelio. Es una especie de narcisismo que nos conduce a la mundanidad espiritual y al clericalismo sofisticado, y luego nos impide experimentar “la dulce y confortadora alegría de evangelizar”¹⁰.

El último Sínodo sobre la Nueva Evangelización ha afirmado que una gran tarea en la Nueva Evangelización corresponde a la vida consagrada, en las antiguas y nuevas formas. Los consagrados están llamados por su vocación, consagración y misión a vivir un estilo de vida, que exige, en primer lugar, la santidad de vida a la que toda la Iglesia está llamada. Este estilo se expresa visiblemente en los consejos evangélicos vividos en comunidad. A través de ellos se manifiesta la radicalidad y la novedad del seguimiento de Jesucristo. La consagración es así un instrumento de Nueva Evangelización.

¹⁰ PAPA FRANCISCO, *Carta del Papa Francisco a los Obispos de Argentina, reunidos en la 105ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Argentina*, 16.04.2013.

El Beato Juan Pablo II, en la exhortación apostólica citada *Vita consecrata* en un número dedicado a la Nueva Evangelización, afirma que “para hacer frente de manera adecuada a los grandes desafíos que la historia actual pone a la Nueva Evangelización, se requiere que la vida consagrada se deje interpelar continuamente por la Palabra revelada y por los signos de los tiempos. El recuerdo de las grandes evangelizadoras y de los grandes evangelizadores, que fueron antes grandes evangelizados, pone de manifiesto cómo, para afrontar el mundo de hoy hacen falta personas entregadas amorosamente al Señor y a su Evangelio. “Las personas consagradas, en virtud de su vocación específica, están llamadas a manifestar la unidad entre autoevangelización y testimonio, entre renovación interior y apostólica, entre ser y actuar, poniendo de relieve que el dinamismo deriva siempre del primer elemento del binomio”. La Nueva Evangelización, como la de siempre, será eficaz si sabe proclamar desde los tejados lo que ha vivido en la intimidad con el Señor. Para ello se requieren personalidades sólidas, animadas por el fervor de los santos. La Nueva Evangelización exige de los consagrados y consagradas una *plena conciencia del sentido teológico de los retos de nuestro tiempo*. [...] Para la provechosa inserción de los Institutos en el proceso de Nueva Evangelización es importante la fidelidad al carisma fundacional, la comunión con todos aquellos que en la Iglesia están comprometidos en la misma empresa, especialmente con los Pastores, y la cooperación con todos los hombres de buena voluntad. [...] Las personas consagradas han de ser pregoneras entusiastas del Señor Jesús en todo tiempo y lugar, y estar dispuestas a responder con sabiduría evangélica a los interrogantes que hoy brotan de la inquietud del corazón humano y de sus necesidades más urgentes”¹¹.

Los consagrados seculares viven en el mundo con la misión de proclamar el Evangelio y transfigurararlo con el espíritu de las Bienaventuranzas. La misión renueva y refuerza la vida consagrada. El amor y el servicio a los últimos, desde el icono del lavatorio de los pies, debe acompañar la misión de los consagrados, junto con la promoción de la justicia, que es parte integral de la evangelización. La Nueva Evangelización exige evangelizadores nuevos, convertidos y enamorados de Cristo. Desde la fidelidad y pasión por Cristo y su Iglesia, los consagrados seculares tendrán que estar presentes

¹¹ JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Vita Consecrata*, n. 81.

con el testimonio profético en algunos *escenarios* de la Nueva Evangelización: educación, cultura, medios de comunicación social, etc.

3.2 Algunas urgencias de la Nueva Evangelización.

- *Sensibilidad hacia lo nuevo*¹².

Lo *nuevo* en el cristianismo es la Encarnación en el tiempo y en la historia del Hijo de Dios, que nos revela el amor del Padre. Esta es la gran novedad por antonomasia. El Señor nos dice: “Mira, hago nuevas todas las cosas” (Ap 21, 5). Ya en el Antiguo Testamento el profeta Ezequiel anuncia: “Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne” (Ez 36, 26). En el Nuevo Testamento, el Apóstol Pablo afirma: “Por tanto, si alguno está en Cristo es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo” (2 Cor 5, 17).

La Nueva Evangelización exige de nosotros que anunciemos a Dios en *esta (su) novedad*. Lo nuevo por ser divino, no está supeditado a condicionamientos humanos. Es decisión soberana de Dios. Podemos caer en la tentación de pensar que la Nueva Evangelización consiste en metodologías y estrategias novedosas. Eso podría desembocar en una *gnosis*, propia de unos cuantos actores eclesiales e inasequible para otros muchos.

Por otra parte debemos convencernos de que lo *nuevo*, precisamente por ser divino, no está *en otro tiempo o en otro espacio*, diferentes del tiempo y del espacio en que vivimos. Dios obra en las *actuales circunstancias*. A este respecto es interesante lo que dijo el Papa Benedicto XVI a los seminaristas en su homilía del 20 de agosto de 2011, en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid: “Meditad bien este misterio de la Iglesia, viviendo los años de vuestra formación con profunda alegría, en actitud de docilidad, de lucidez y de radical fidelidad evangélica, así como en amorosa relación con el tiempo y las personas en medio de las que vivís. *Nadie elige el contexto ni a los destinatarios de su misión*. Cada época tiene sus problemas, pero Dios da en cada tiempo la gracia oportuna para asumirlos y superarlos con amor y realismo”¹³.

¹² FRANCISCO JOSÉ RUIZ, SJ., *La vida religiosa ante la Nueva Evangelización*, Cuadernos CONFER, n. 37, páginas 22-25.

¹³ BENEDICTO XVI, *Santa Misa con los seminaristas*, Madrid 20 de agosto de 2011.

El Papa Benedicto XVI en el citado *Mensaje a la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares* señalaba tres *ámbitos*, que deben ser tenidos en cuenta en esta hora de Nueva Evangelización: la consagración, la vida espiritual y la formación¹⁴. Los presento a continuación:

- **Consagración.** La donación de las vidas de los consagrados seculares como respuesta a un encuentro personal y vital con el amor de Dios. Los miembros de los Institutos Seculares han descubierto que Dios es todo para ellos, han decido darlo todo a Dios, haciéndolo de modo particular: permaneciendo laicos entre los laicos, presbíteros entre los presbíteros. Esto exige particular vigilancia porque sus estilos de vida manifiestan la riqueza, la belleza y la radicalidad de los consejos evangélicos.

- **Vida espiritual.** Punto firme e irrenunciable, referencia segura para nutrir aquel deseo de hacerse unidad en Cristo que es tensión de la existencia total de todo cristiano, más aún, de quien ha respondido a una llamada radical del don de sí. Medida de la profundidad de la vida espiritual de los miembros de los Institutos Seculares no son las muchas actividades, que exigen sus esfuerzos, sino más bien la capacidad de buscar a Dios en el corazón mismo de cada acontecimiento y de reconducir a Cristo todas las cosas. Es el “recapitular” en Cristo todas las cosas de que habla San Pablo (cfr. *Ef 1, 10*). Sólo en Cristo, Señor de la historia, toda la historia y todas las historias encuentran sentido y unidad.

En la oración, pues, y en la escucha de la Palabra de Dios se alimenta este anhelo. En la celebración de la Eucaristía encuentran los miembros de los Institutos Seculares la razón de hacerse pan de Amor partido para los hombres. En la contemplación, en la mirada de fe iluminada por la gracia, se enraíza el compromiso de compartir con cada hombre y con cada mujer las inquietudes profundas que los habitan, para construir esperanza y confianza.

- **La formación.** La formación, que no descuida ninguna edad establecida, porque de lo que se trata es de vivir la propia vida en plenitud, educándola en aquella sapiencia que es siempre consciente de la creaturalidad humana y de la grandeza del Creador. Los miembros de los Institutos Seculares deben buscar los contenidos y las modalidades de una formación, que

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Mensaje a la Conferencia Mundial de los Institutos Seculares*, 18 de julio de 2012.

les haga, laicos y presbíteros capaces de dejarse interrogar por la complejidad que atraviesa el mundo de hoy, de permanecer abiertos a las inquietudes provenientes de las relaciones con los hermanos que encuentren en sus caminos, de comprometerse en un discernimiento de la historia a la luz de la Palabra de Dios. Deben ser disponibles para construir, en unión con todos los buscadores de la verdad, proyectos de bien común, sin soluciones preconcebidas y sin miedo a las preguntas que quedan sin respuestas, y siempre prestos a poner en riesgo la propia vida, con la certeza de que el grano de trigo, que cae en tierra y muere da mucho fruto (cfr. *Jn* 12, 24). Deben ser creativos, porque el Espíritu construye novedad; alimentar miradas capaces de futuro y raíces sólidas en Cristo Jesús, para poder comunicar también a nuestro tiempo, la experiencia de amor que está en la base de la vida de todo hombre. Estrechar con caridad las heridas del mundo y de la Iglesia. Por encima de todo, deben vivir una vida dichosa y plena, acogedora y capaz de perdón, por estar fundada en Cristo Jesús, Palabra definitiva del Amor de Dios por el hombre.

Conclusión: Al concluir mi conferencia, como Obispo Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada de la Conferencia Episcopal Española reitero mis agradecimientos: a la UPSA, que instituye esta nueva Cátedra: *Iglesia, secularidad, consagración* y a CEDIS por la feliz iniciativa, llamada a fecundar la vida de los Institutos Seculares, especialmente en el campo de la formación.

Ofrezco en nombre de Mons. Manuel Sánchez Monge, del resto de Obispos de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada, de la Directora del Secretariado de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada y el equipo de colaboradores, y en mi propio nombre la ayuda, el aprecio y la cercanía a todos los miembros de los Institutos Seculares.

Al presentar oficialmente esta nueva Cátedra, ponemos en las manos amorosas de Dios, fuente y meta de toda consagración, este prometedor proyecto eclesial. Lo confiamos también a los cuidados maternales de la Virgen María, mujer consagrada al cumplimiento del plan de salvación de Dios sobre los hombres. Muchas gracias.

**EL CONCILIO VATICANO II:
UN CONCILIO PARA EL SIGLO XXI**
Ateneo de Santander
3 de junio de 2013

Introducción

El Concilio Vaticano II (1962-1965) ha entrado en la historia como el “Concilio de la Iglesia sobre la Iglesia” (K. Rahner), portando el estandarte de la renovación y reforma hacia dentro y de la apertura hacia fuera en diálogo con el mundo moderno.

En la presente conferencia trato de presentar el significado permanente del Concilio. Siguen dando que hablar aquellas palabras de Mons. Hakim, arzobispo de Nazaret: “Guste o no guste, un Concilio del siglo XX será el Concilio del siglo XXI”¹.

Adelanto por ello una tesis de fondo. El Vaticano II tiene una verdadera proyección de futuro, porque sus raíces son muy hondas, porque su eclosión guarda relación con una efervescencia eclesial y vital, que se vio plasmada en el movimiento litúrgico, en el movimiento teológico de la vuelta a las fuentes, en el movimiento laical, en el movimiento ecuménico. Por eso el nuevo clima espiritual creado por aquella reforma teológica previa al Concilio sugería y presentaba como la tarea más urgente la elaboración de una visión global de la Iglesia. Por eso, no es de extrañar que el significado permanente del Vaticano II haya sido sentido y alentado por grandes pensadores de aquella hora. No en vano R. Guardini había hablado de “un despertar de la Iglesia en las almas”, el obispo evangélico O. Dibelius habló del “siglo de la Iglesia”, y el teólogo protestante K. Barth proponía su gran síntesis bajo el título de “Dogmática eclesial” para indicar que el quehacer teológico no puede existir sino en la Iglesia. Entre nosotros, el P. B. Xiberta lo proclamaba en un artículo del año 1962: el descubrimiento de la Iglesia como tarea de la teología actual².

El redescubrimiento de la Iglesia estaba llamado a operar el rejuvenecimiento del cristianismo³.

En esta conferencia quiero mostrar que el conocimiento y aplicación del Concilio Vaticano II es un requisito indispensable para conocer e interpretar la situación del catolicismo actual. Como sugiero en el título de la conferencia, me propongo tomar en consideración las principales claves de fondo de aquella asamblea eclesial para subrayar su plena vigencia actual y en el futuro.

I. EL CONCILIO VATICANO II, GRAN FUERZA PARA LA RENOVACIÓN DE LA IGLESIA

1. Un Concilio con cincuenta años de actualidad

El Papa Benedicto XVI en la Carta Apostólica *Porta fidei*, con la que convocaba el *Año de la fe* (11 de octubre 2012 al 24 de noviembre 2013) escribía a este respecto: “He pensado que iniciar el *Año de la fe*, coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II, puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del Beato Juan Pablo II, “no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia [...]. Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”.

Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como Sucesor de Pedro: “Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia”⁴.

En numerosas ocasiones el Beato Juan Pablo II y el Papa Benedicto XVI se han referido a la actualidad e importancia fundamental del Concilio Vaticano II. Refiero aquí y ahora la cita que el Papa Benedicto XVI hacía del testamento de su predecesor: “El nuevo Beato escribió en su testamento: “Cuando, en el día 16 de octubre de 1978, el cónclave de los cardenales escogió a Juan Pablo II, el primado de Polonia, cardenal Stefan Wyszyński, me dijo: “La tarea del nuevo Papa consistirá en introducir a la Iglesia en el tercer milenio”. Y añadía: “Deseo expresar una vez más gratitud al Espíritu Santo

por el gran don del Concilio Vaticano II, con respecto al cual, junto con la Iglesia entera, y en especial con todo el Episcopado, me siento en deuda. Estoy convencido de que durante mucho tiempo aún las nuevas generaciones podrán recurrir a las riquezas que este Concilio del siglo XX nos ha regalado. Como obispo que participó en el acontecimiento conciliar desde el primer día hasta el último, deseo confiar este gran patrimonio a todos los que están y estarán llamados a aplicarlo.

Por mi parte, doy las gracias al eterno Pastor, que me ha permitido estar al servicio de esta grandísima causa a lo largo de todos los años de mi pontificado”. ¿Y cuál es la *causa*? Es la misma que Juan Pablo II anunció en su primera Misa solemne en la Plaza de San Pedro, con las memorables palabras: “¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!”. Aquello que el Papa recién elegido pedía a todos, él mismo lo llevó a cabo en primera persona: abrió a Cristo la sociedad, la cultura, los sistemas políticos y económicos, invirtiendo con la fuerza de un gigante, fuerza que le venía de Dios, una tendencia que podía parecer irreversible. Con su testimonio de fe, de amor y de valor apostólico, acompañado de una gran humanidad, este hijo ejemplar de la Nación polaca ayudó a los cristianos de todo el mundo a no tener miedo de llamarse cristianos, de pertenecer a la Iglesia, de hablar del Evangelio. En una palabra: ayudó a no tener miedo de la verdad, porque la verdad es garantía de la libertad. Más en síntesis todavía: nos devolvió la fuerza de creer en Cristo, porque Cristo es *Redemptor hominis*, Redentor del hombre: el lema de su primera encíclica e hilo conductor de todas las demás” 5.

2. Algunas características singulares del Concilio Vaticano II

Importancia singular. El Papa Pablo VI destacaba así la importancia singular del Vaticano II: “Ha sido el más grande por el número de Padres conciliares venidos a la Sede de Pedro, desde todas las partes del globo, incluso de aquellas donde la jerarquía ha sido constituida recientemente; el más rico por los temas que, durante cuatro sesiones han sido tratados cuidadosa y profundamente; fue, en fin, el más oportuno porque, teniendo presentes las necesidades de la época actual, se enfrentó sobre todo con las necesidades pastorales y, alimentando la llama de la caridad, se esforzó grandemente por alcanzar no sólo a los cristianos todavía separados de la comunidad de la Sede Apostólica, sino también a toda la familia humana”⁶.

Universalidad. En el penúltimo Concilio Ecuménico, Concilio de Trento (1545-1563), los Padres conciliares fueron 258. En el Concilio Vaticano I (1869-1870) participaron 750, de los cuales 200 eran italianos.

El Concilio Vaticano II (1962-1965), a partir de la segunda sesión, reunió a 2860 Padres conciliares, provenientes de 141 países, con más de 100 del continente africano. Además de los Padres conciliares, participaron 480 “expertos conciliares” (grandes teólogos como Henri de Lubac, Jean Danielou, Yves Congar, Chenu, Rahner, Ratzinger...). Por primera vez en un Concilio, estuvieron presentes 58 auditores y auditoras (religiosos/as) y 101 observadores no católicos.

Renovación hacia dentro y hacia fuera. El Papa Pablo VI, en el discurso de inauguración de la segunda sesión conciliar (29.09.1963), indicó cuatro metas para el Concilio:

- profundización en la naturaleza de la Iglesia;
- renovación interna de la Iglesia;
- búsqueda de la unidad de todos los cristianos;
- diálogo de la Iglesia con el mundo contemporáneo.

El tema fundamental que debía tratar el Concilio era la Iglesia y su renovación. El cardenal arzobispo de Milán, Giovanni Battista Montini, futuro Papa Pablo VI, escribió una carta al Cardenal Cicognani, Secretario de Estado, notando la falta de un plan “orgánico, ideal y lógico del Concilio” y hacía la propuesta de que el tema unitario del Concilio fuera la Iglesia. De ahí surgieron las dos grandes constituciones centradoras del Concilio: Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium* y Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno *Gaudium et Spes*.

3. Un Concilio con futuro

Nuestra tarea actual ante el Concilio Vaticano II consiste en pasar de la nostalgia del pasado a la lectura y aplicación con esperanza de los documentos conciliares, que siguen estando vivos. Tenemos que hacer como “un padre de familia que va sacando de su tesoro lo nuevo y lo antiguo” (*Mt* 13, 52).

Nuestra misión es hacer una correcta interpretación del Concilio Vaticano II dentro de la llamada “hermenéutica de la reforma”, según señaló el Papa Benedicto XVI en el Discurso a la Curia Romana, el 22 de diciembre de

2005. El Papa denunciaba la situación conflictiva en el interior de la Iglesia posconciliar y decía: “Nadie puede negar que, en vastas partes de la Iglesia, la recepción del Concilio se ha realizado de un modo más bien difícil [...]. Todo depende de la recta interpretación del Concilio, como diríamos hoy, de su correcta hermenéutica, de la correcta clase de lectura y aplicación”. Y hacía la distinción entre “hermenéutica de discontinuidad y de la ruptura” y “hermenéutica de la reforma, que es renovación “en continuidad con el único sujeto-Iglesia que el Señor nos ha dado; sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla sin dejar se de ser él mismo, el único pueblo de Dios en camino”⁷.

Cada ministro del Evangelio debe dar gracias al Espíritu Santo por el don del Concilio y sentirse constantemente su deudor. Para que esta deuda se pague son necesarios todavía muchos años y muchas generaciones.

Nuestra labor en este *Año de la fe* es leer en profundidad todos los documentos conciliares, interpretarlos según la mente del Magisterio auténtico de la Iglesia y aplicarlos con la hermenéutica que señala el Papa Benedicto XVI. Estemos atentos a lo que el Espíritu dice a las iglesias (cfr. *Ap* 3, 6).

“Después de cincuenta años -se pregunta el Papa Francisco-, ¿hemos hecho todo lo que nos ha pedido el Espíritu Santo con respecto al Concilio; en esa continuidad del crecimiento de la Iglesia que fue el Concilio?”⁸.

II. LAS NUEVAS 16 COLUMNAS DE SAN PEDRO: EL CUERPO DOCTRINAL DEL VATICANO II

H. Küng, teólogo perito del Concilio y teólogo disidente en el posconcilio, habló en un artículo inmediatamente después de la clausura del Concilio de las “nuevas 16 columnas de San Pedro” Aludía con esta metáfora arquitectónica referida a la columnata de Bernini a su resultado doctrinal y en este sentido precisó: los 16 Documentos aprobados por el Concilio en sus cuatro años de trabajo deben ser el soporte de la Iglesia posconciliar⁹.

El Vaticano II ha sido “el Concilio de la Iglesia sobre la Iglesia”¹⁰. Los trabajos del Concilio comenzaron desde la orientación de la *Ecclesia ad intra*, tratando de esa dimensión íntima de la Iglesia que es la Liturgia, el corazón de su vida. La constitución *Sacrosanctum Concilium* asume una

parte de la renovación interna de la Iglesia, que anticipaba y ponía las bases para el tema central de todo el Concilio, que iba a ser el de la Iglesia. Así las cosas, la constitución dogmática sobre la Iglesia ocupa el puesto central y centrador. Es punto de referencia de los trabajos desde finales de la primera sesión. Representa, por tanto, el momento nuclear del diálogo interno conforme a la pregunta: Iglesia, ¿qué dices de ti misma?

Lumen Gentium trata de satisfacer el primero de los fines (objetivos) conciliares: expresar la naturaleza y la noción de la Iglesia. Obtuvo su aprobación solemne al final de la tercera sesión, en otoño de 1964, junto con el decreto sobre el Ecumenismo.

El decreto *Unitatis redintegratio*, que guarda relación con el tercer objetivo querido por el Papa Pablo VI: el restablecimiento de la unidad de todos los cristianos.

Otro documento en esa misma dirección, el decreto *Orientalium ecclesiarum* sobre las Iglesias católicas orientales, fue aprobado en aquella misma sesión. De este catolicismo oriental católico puede decirse que traza puente con esa otra forma de vivir y encarnar el mensaje del Evangelio que es el cristianismo de Oriente. Ahora bien, esos dos decretos (Ecumenismo e Iglesias Orientales) dependen teológicamente de la visión de la Eclesiología renovada del misterio de la Iglesia que ha cuajado en los capítulos primero y segundo de la constitución sobre la Iglesia.

El avance de los trabajos, desde los *setenta esquemas* preparatorios (2.000 páginas), se fue decantando en las cuatro grandes *constituciones*: sobre la Liturgia (SC); sobre la Iglesia (LG); sobre la Divina revelación (DV); sobre la Iglesia en el mundo de hoy (GS). Estas dos últimas debieron esperar hasta la cuarta sesión para encontrar su aprobación solemne, pero fueron acompañando la maduración teológica de la asamblea conciliar.

A la postre, hay que reconocer que para dar una visión abarcante y completa de la Iglesia se hizo necesario establecer dónde y cómo debía ser buscada la noción de Iglesia. A saber: la Revelación divina.

Desde la lógica teológica, la constitución dogmática sobre la Divina Revelación adquiere un carácter previo a toda la obra del Concilio. *Dei Verbum* reviste desde el punto de vista metodológico un carácter fundamental y fundante sobre el que se eleva el edificio doctrinal del Concilio Vaticano II.

Nos recuerda, desde otra perspectiva, cuál es el centro de la vida de la Iglesia: el misterio de Dios revelado en Cristo. “Tanto amó Dios al mundo que envió a su propio Hijo”. A partir de esta afirmación se despliega la otra orientación señalada por el cardenal Suenens, la de la Iglesia enviada, en misión, la Iglesia *ad extra*.

El desenlace de esta perspectiva es la cuarta constitución del Vaticano II, la constitución pastoral *Gaudium et Spes*, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo. En esta constitución, que quiere aplicar una visión cristológica del ser humano a los grandes problemas éticos, sociales, políticos y económicos, se satisface el cuarto y último objetivo señalado por Pablo VI al Concilio: el diálogo con el hombre de hoy y la apertura de la Iglesia a la sociedad moderna. Todo ello permite concluir que el deseo de Juan XXIII se había cumplido, pues el Concilio constituye efectivamente un salto hacia delante (*un balzo innanzi*), un serio esfuerzo de *aggiornamento*, un abrir ventanas para que el aire fresco penetrara en el interior de la Iglesia.

Los otros documentos conciliares pueden ser presentados como una explanación de esos dos diálogos básicos, interno y externo, de la Iglesia. Dicho de otra manera, echando mano de la intuición del cardenal Suenens: aquel movimiento del corazón eclesial, de *sístole y diástole, ad intra y ad extra* quería preguntar al mismo tiempo por el *ser* y por el *estar* de la Iglesia, aclarar su identidad y discernir su tarea histórica.

La primera intención, que ha quedado recapitulada de forma básica en la constitución dogmática *Lumen Gentium*, ponía en marcha otras líneas de profundización y de renovación interna. Ahí se sitúan, en primer lugar, aquellos principios doctrinales que afectan al episcopado, con la afirmación conexas de la sacramentalidad y de la colegialidad (*Christus Dominus*); en segundo lugar, hay que recordar la teología del laicado que, desde el relanzamiento del sacerdocio común de todos los bautizados, se deja prolongar en el decreto sobre apostolado seglar (*Apostolicam Actuositatem*) y, en esa plasmación más concreta sobre la tarea de los padres en la educación cristiana (*Gravissimum educationis*); en tercer lugar, desde la afirmación de la llamada universal a la santidad, entran en consideración la renovación carismática de la vida religiosa (*Perfectae caritatis*), así como la vida, la espiritualidad de los presbíteros (*Presbyterorum ordinis*) y su formación (*Optatam totius*).

La otra intención profunda, el segundo latido, por el cual la Iglesia - en atención a los signos de los tiempos - ha querido ser para el mundo trazando su tarea histórica, se ha concretado en la constitución *Gaudium et Spes*. La nueva relación con la situación profana del mundo encuentra una concreción práctica en el decreto sobre los medios de comunicación social (*Inter mirífica*). Esta intención ha cristalizado en otros importantes documentos, como la Declaración sobre la libertad religiosa (*Dignitatis humanae*), que es *conditio sine qua non* para una apertura al pluralismo ideológico de la actualidad, para el diálogo y la colaboración con los miembros de las religiones no cristianas (*Nostra aetate*). En esta misma longitud de onda, la Iglesia se ha replanteado su tarea de evangelización en el decreto sobre las misiones (*Ad gentes*).

Después de presentar esta enumeración de los 16 documentos del Concilio (4 constituciones; 9 decretos; 3 declaraciones). Yo hago una invitación a una lectura esencial de los grandes textos conciliares, en particular de las cuatro grandes constituciones, tal y como se declara en el título de la Relación final del Sínodo Extraordinario de Obispos de 1985 dedicado a la conmemoración de los 20 años de la clausura del Concilio Vaticano II: “La Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios celebra los sacramentos para la salvación del mundo”. Ahí quedan aludidas, sucesivamente, *Lumen Gentium* y *Dei Verbum*, *Sacrosanctum Concilium* y *Gaudium et Spes*.

Por mi parte, quiero dejar constancia de la actualidad permanente del Concilio Vaticano II y exhorto vivamente a la lectura, pues hago mía la observación de K. Rahner: “No hay en realidad ningún decreto que no contenga una página interesante para cualquiera”¹¹

III. EL CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, INSTRUMENTO AL SERVICIO DE LA FE

1. Instrumento al servicio de la catequesis

En la fecha del 11 de octubre de 2012, se celebraban también los veinte años de la publicación del *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por el Beato Papa Juan

Pablo II, con la intención de ilustrar a todos los fieles la fuerza y belleza de la fe. Este documento, auténtico fruto del Concilio Vaticano II, fue querido por el Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985 como instrumento al servicio de la catequesis, realizándose mediante la colaboración de todo el Episcopado de la Iglesia Católica¹².

A continuación transcribo algunos párrafos de la Constitución Apostólica del Beato Papa Juan Pablo II *Fidei depositum*, en los que aparece el valor doctrinal del catecismo¹³.

“El “catecismo de la Iglesia Católica” que aprobé el 25 de junio pasado, y cuya publicación ordeno hoy en virtud de la autoridad apostólica es una exposición de la fe de la Iglesia y de la doctrina católica, atestiguadas o iluminadas por la Sagrada Escritura, la Tradición Apostólica y el Magisterio eclesiástico. Lo reconozco como un instrumento válido y autorizado al servicio de la comunión eclesial y como norma segura para la enseñanza de la fe. Dios quiera que sirva para la renovación a la que el Espíritu Santo llama sin cesar a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, en peregrinación hacia la luz sin sombra del Reino”.

“La aprobación y la publicación del “Catecismo de la Iglesia Católica” constituyen un servicio que el Sucesor de Pedro quiere prestar a la Santa Iglesia Católica, a todas las Iglesias particulares en paz y comunión con la Sede apostólica de Roma: el sostener y confirmar la fe de todos los discípulos del Señor Jesús (cfr. *Lc* 22, 32), así como de reforzar los vínculos de unidad en la misma fe apostólica.”

“Pido, por tanto, a los pastores de la Iglesia y a los fieles, que reciban este Catecismo con un espíritu de comunión y lo utilicen constantemente cuando realizan su misión de anunciar la fe y llamar a la vida evangélica. Este Catecismo les es dado para que les sirva de texto de referencia seguro y auténtico para la enseñanza de la doctrina católica, y muy particularmente para la composición de los catecismos locales. Se ofrece también a todos aquellos fieles que deseen conocer mejor las riquezas inagotables de la salvación (cfr. *Jn* 8, 32). Quiere proporcionar un punto de apoyo a los esfuerzos ecuménicos animados por el santo deseo de unidad de todos los cristianos, mostrando con exactitud el contenido y la coherencia armoniosa de la fe católica. El “Catecismo de la Iglesia Católica” es finalmente ofrecido a todo hombre que nos pida razón de la esperanza que hay en nosotros (cfr. *1 Pe* 3, 15) y que quiera conocer lo que cree la Iglesia Católica.”

“Este Catecismo no está destinado a sustituir a los catecismos locales debidamente aprobados por las autoridades eclesiásticas, los obispos diocesanos y las Conferencias Episcopales, sobre todo cuando estos catecismos han sido aprobados por la Santa Sede. El “Catecismo de la Iglesia Católica” se destina a alentar y facilitar la redacción de nuevos catecismos locales que

tengan en cuenta las diversas situaciones y culturas, pero que guarden cuidadosamente la unidad de la fe y la fidelidad a la doctrina católica”.

2. Una fe “profesada, celebrada, vivida y rezada”

Fiel al Señor, desde los comienzos de su historia, la Iglesia ha asumido la verdad de los evangelios, reunida en la síntesis y en la norma de la fe, que es el *Símbolo*, norma que ha sido traducida en orientaciones de vida, vivida en una relación filial con Dios. Todo esto lo ha recordado el Papa Benedicto en la Carta Apostólica *Porta fidei*, cuando al citar la Constitución Apostólica *Fidei depositum*, con la que fue promulgado el *Catecismo de la Iglesia Católica*, afirma que para poder ser transmitida la fe debe ser “profesada, celebrada, vivida y rezada”¹⁴.

Así, a partir del fundamento de las Escrituras, la Tradición de la Iglesia ha creado una pedagogía de la transmisión de la fe, que ha desarrollado en los cuatro grandes títulos del Catecismo Romano: el Credo, los Sacramentos, los Mandamientos y la oración del Padre Nuestro. Por una parte, los misterios de la fe en Dios Uno y Trino, como son confesados (Símbolo) y celebrados (Sacramentos); por otra parte, la vida conforme a esa fe, que se hace operante a través del amor (Decálogo) y en la oración filial (Padre Nuestro). Estos mismos títulos forman hoy el esquema general del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

3. Un subsidio precioso e indispensable

“El *Año de la fe* deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe, sintetizados sistemática y orgánicamente en el *Catecismo de la Iglesia Católica*. En efecto, en él se pone de manifiesto la riqueza de la enseñanza que la Iglesia ha recibido, custodiado y ofrecido en sus dos mil años de historia. Desde la Sagrada Escritura a los Padres de la Iglesia, de los Maestros de la teología a los Santos de todos los siglos, el Catecismo ofrece una memoria permanente de los diferentes modos en que la Iglesia ha meditado sobre la fe y ha progresado en la doctrina, para dar certeza a los creyentes en su vida de fe”¹⁵.

“Así, pues, el *Catecismo de la Iglesia Católica* podrá ser en este *Año* un verdadero instrumento de apoyo a la fe, especialmente para quienes se preocupan por la formación de los cristianos, tan importante en nuestro con-

texto cultural [...]. En efecto, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, reduce el ámbito de las certezas racionales al de los logros científicos y tecnológicos. Pero la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad”¹⁶.

Conclusión

Después de 50 años de la apertura del Concilio Vaticano II, podemos barruntar algunos aspectos que han supuesto una gran renovación y un verdadero rejuvenecimiento del cristianismo desde un redescubrimiento más hondo de la naturaleza y misión de la Iglesia.

El Vaticano II representa ese *aggiornamento* querido por Juan XXIII que se deja sentir en pasajes fundamentales de su doctrina: la reflexión sobre el episcopado completa la visión de la jerarquía eclesiástica, evitando una concepción aislacionista del primado; la colegialidad del episcopado revaloriza el ministerio del Obispo en relación al primado del Papa. El reconocimiento del puesto sustantivo del laicado derrumba una concepción piramidal de la Iglesia. El centramiento de la vida eclesial, de la espiritualidad y de la teología en torno a la Escritura propicia una seria renovación desde su fuente más original. La centralidad de la Liturgia en el corazón de la vida de la Iglesia nos orienta hacia una eclesiología eucarística y de comunión. La Iglesia puede ser sentida así como pueblo de Dios, consciente de su dinámica histórica y de su dimensión escatológica. La nueva valoración de las Iglesias locales frente a la Iglesia en su conjunto tiene una honda repercusión en la dimensión ecuménica. El apostolado como exigencia de la propia vocación cristiana va ligado al sentido de servicio de la Iglesia a la dignidad de la persona humana.

El Concilio es una gran fuerza para la renovación de la Iglesia. El mayor enemigo de la renovación y rejuvenecimiento del cristianismo es una aplicación cansina a la vida de la Iglesia de la doctrina, decisiones y orientaciones del Concilio. En realidad el Concilio es un *comienzo*. En el fondo, todo depende de cómo se lleven a cabo esa doctrina, decisiones y orientaciones y como caigan en el corazón del creyente y produzcan allí espíritu y vida. Esto no depende, pues, del Concilio mismo, sino de la gracia de Dios y de todos los hombres de la Iglesia y de su buena voluntad. Y, por eso, un

Concilio es puramente un comienzo. La renovación de la Iglesia no ocurre en el Concilio y a través de sus decretos, sino después.

Que el Espíritu Santo, que rejuvenece a la Iglesia, sea la luz y la fuerza de la renovación de nuestra Iglesia. Muchas gracias.

1 *Acta Synodalia Sacr. Concilii Vaticani II*, pars prima, IV, 358.

2 B. XIBERTA, *Redescobrimient de l'Esglesia tasca de la teología actual: Criterion* 15 (1962) 39-62.

3 G. ALBERIGO, *Breve historia del Concilio Vaticano II (1959-1965). En busca de la renovación del cristianismo*, Salamanca 2005.

4 *Ibid.*, n. 5

5 Benedicto XVI, *Homilía de la Beatificación de Juan Pablo II*, (1 de mayo de 2011).

6 Pablo VI, Breve Pontificio “*In Spíritu Sancto*”, clausura del Concilio (8 de diciembre de 1965).

7 BENEDICTO XVI, *Discurso a la Curia Romana* (22 de diciembre de 2005) AAS 98 (2006) 52.

8 PAPA FRANCISCO, *Homilía en la Domus Santa Marta*, 16.04.2013.

9 S. MADRIGAL, “La historia ‘oficiosa y alternativa’ de H. Küng, en : *Memoria del Concilio*, 131-160; aquí 135.

10 K. RAHNER- H. VORGRIMLER, *Klaines Konzilcompendium*, Freiburg 1966, 13-33; aquí 25.

11 S. MADRIGAL, *Glosas marginales de K. Rahner sobre el Concilio VaticanoII: Estudios Eclesiásticos* 80 82005) 339-389; aquí 375.

12 Cfr. Benedicto XVI, Exhortación Apostólica *Porta fidei*, n. 4

13 Cfr. Juan Pablo II, Constitución Apostólica *Fidei depositum* (11 de octubre de 1992).

14 Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta fidei*, n. 9.

15 *Ibid.*, n. 11.

16 *Ibid.*, n. 12.

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

NOMBRAMIENTOS

CESES

2 de junio de 2013

Rvdo. D. Jesús Garmilla Zapatero, como párroco de Hazas de Cesto y Solórzano.

Rvdo. D. Prudencio Cabrero Gómez, como párroco de Arnüero

29 de junio 2013

Rvdo. D. Juan Antonio Iglesias Oliva, como párroco de La Busta, Barceñaciones, Golbaro y Ridagüera

Rvdo. D. Miguel Ángel González Barragán, como párroco de Cos y Mazcuerras.

NOMBRAMIENTOS

28 de mayo de 2013

Doña Carmen Gutiérrez Barreda, como ministro extraordinario de la Eucaristía en la parroquia de Ntra. Sra. de Belén de Santander.

Don Fernando Alonso Nieto, como ministro extraordinario de la Eucaristía en la parroquia de Ntra. Sra. de Belén de Santander.

2 de junio de 2013

Rvdo. D. Jesús Garmilla Zapatero, como párroco de Ajo y Arnuero.

20 de junio de 2013

Rvdo. D. Jesús Gil Fernández, como administrador parroquial de Solórzano y Hazas de Cesto.

29 de junio de 2013

Rvdo. D. Pedro María Salvador Pértica, como párroco de Cos

Rvdo. D. Daniel de las Cuevas Lamboriena, como párroco de Mazcuerras y Rudagüera.

Rvdo. D. Miguel Ángel González Barragán, como párroco de La Busta, Barcenaciones y Golbaro.

VIDA DIOCESANA

ASAMBLEA DE LAICOS

En los días 22 de junio y 29 de junio se realizó la celebración de la Asamblea Diocesana de Laicos, en el Seminario de Monte Corbán.

El proceso para esta Asamblea se inició en el año 2011 con la entrega de un tríptico de motivación, a la que siguió una macro encuesta entre más de 6.500 personas que incluyó a no creyentes y a personas alejadas de la fe.

Durante más de un año, unos 1.600 laicos, que constituyeron grupos de reflexión, trabajaron en las parroquias con el fin de elaborar propuestas sobre las áreas de “Identidad, Comunión y Misión del Laico”. Estas propuestas fueron debatidas por las 158 personas que participaron en la Asamblea.

Las propuestas aprobadas se recogerán en el Plan Pastoral diocesano. La Asamblea concluyó con la celebración de la Eucaristía.

ACTIVIDAD PASTORAL DE NUESTRO OBISPO

MAYO 2013

Día 1: Visita Pastoral a las parroquias de Cosío - Rozadío, San Sebastián de Garabandal y Celis.

Día 2: Imparte la conferencia “La vocación de la consagración secular en la Iglesia”, en la Universidad Pontificia de Salamanca, con motivo de la presentación oficial de la cátedra “Iglesia, Secularidad, Consagración” en la facultad de Teología. Confirmaciones, de alumnos del colegio María Auxiliadora de Santander, en la Catedral.

Día 3: Audiencias. Visita Pastoral a las parroquias de Prellezo, Luey y Muñorrodero. Oración con jóvenes en la Catedral.

Día 4: Audiencia. Confirmaciones en la parroquia Santiago de Santander.

Día 5: Visita Pastoral a las parroquias de Cabanzón – Casamaría, Prío – Molleda y Unquera.

Día 6: Consejo Episcopal. Apertura de la V Semana Social: “Un nuevo modelo de sociedad es necesario y posible”, en el I.E.S. Marqués de Santillana, organizada por la Unidad Pastoral de Torrelavega.

Día 7: Bendición de la reforma de las cocinas del centro hospitalario Padre Menni, de las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón, en Cueto. Audiencias. Confirmaciones en la parroquia Santo Cristo de Maliaño - Muriedas.

Día 8: Fiesta de Nuestra Señora de Cantonad en el Valle de Mena. Confirmaciones, de alumnos del colegio Torreánaz, en la Catedral.

Día 9: Audiencias. Confirmaciones en la parroquia San Pedro de San Pedro del Romeral.

Día 10: Comisión Permanente del Consejo Presbiteral. Celebración, en la fiesta de San Juan de Ávila, de las bodas de diamante, oro y plata sacerdotales, de sacerdotes seculares y religiosos. Responso por el eterno descanso de D. Delfín Solórzano Mardaras, padre del sacerdote D. Alejandro Solórzano Sánchez, en el tanatorio Hnos. Menezo de Santoña. Confirmaciones en la parroquia San Roque de Santander.

Día 11: Comisión Permanente del Consejo Pastoral Diocesano. Peregrinación a la Catedral, con motivo del Año de la Fe, de feligreses de las parroquias de la Vicaría Santiago. Confirmaciones de adultos, de la Vicaría San Pedro, en la Catedral.

Día 12: Visita Pastoral a las parroquias de Ruiloba, Comillas y Ruiseñada.

Día 13: Audiencias.

Día 14: Reunión de los Obispos de la Provincia Eclesiástica en Astorga. Oración Ecuménica en la parroquia Nuestra Señora de los Ángeles (Santander).

Día 15: Visita Pastoral a las parroquias de Ruiloba, Comillas y Ruiseñada.

Día 16: Audiencias. Visita a un sacerdote enfermo. Confirmaciones, de alumnos del colegio Torrevelo – Peñalabra, en la Catedral.

Día 17: Visita Pastoral a las parroquias de Comillas y Ruiloba. Confirmaciones en la parroquia Santísimo Cristo de Santander.

Día 18: Ordenación episcopal de Mons. José Rodríguez Carballo, O.F.M., Secretario de la Congregación Romana para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, en la catedral de Santiago de Compostela.

Día 19: Confirmaciones en el santuario Virgen de Valencia (Vioño) de feligreses de la unidad pastoral 29. Clausura de un cursillo de Cristiandad en la parroquia Nuestra Señora de los Ángeles (Santander).

Día 20: Fiesta de la Virgen del Mar en San Román de la Llanilla. Consejo Episcopal.

Día 21: Audiencia. Visita Pastoral a las parroquias de Udías, Bustablado y Ontoria.

Día 22: Visita Pastoral a las parroquias de San Pedro de las Baheras, Helgueras y Unquera. Confirmaciones en la parroquia Santos Mártires de Unquera.

Día 23: Audiencia. Responso por el eterno descanso del sacerdote D. Antonio Hernández Ovejero, en el tanatorio Hnos. Menezo de Santoña. Confirmaciones en la parroquia San José de Astillero.

50 (270)

Día 24: Audiencia. Exequias, por el eterno descanso del sacerdote D. Antonio Hernández Ovejero, en la parroquia San Martín de Ajo. Confirmaciones, de alumnos del colegio Calasanz de Santander y de feligreses de la parroquia de San Román de la Llanilla, en la Catedral.

Día 25: Visita Pastoral a las parroquias de Caviedes - Vallines y el Tejo. Confirmaciones en el santuario Virgen del Monte (Mogro) de feligreses de la unidad pastoral 20.

Día 26: Visita Pastoral a las parroquias de La Revilla y Lamadrid.

Día 27: Reunión del Consejo Presbiteral.

Día 28: Visita Pastoral a las parroquias Lafuente - Cires, Lamasón y Obeso

Día 29: Visita Pastoral a las parroquias Puentenansa, Bielva y Labarces.

Día 30: Audiencia. Conmemoración del centésimo sexagésimo noveno aniversario de la fundación de la Guardia Civil en la Comandancia de Campogiro. Confirmaciones en la parroquia La Natividad de María de Vega de Pas.

Día 31: Audiencias. Visita a sacerdotes enfermos. Encuentro de oración, organizado por Cáritas Diocesana en la Catedral, con ocasión de la Semana de la Caridad. Confirmaciones en la parroquia La Inmaculada de Santander.

JUNIO

Día 1: Reunión del Consejo Pastoral Diocesano. Confirmaciones en la parroquia Santa María de Barreda.

Día 2: Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo en la Catedral. Solemne Adoración Eucarística, en la Catedral, celebrada simultáneamente con Roma, en el Año de la Fe. Misa con la comunidad de Josefinas de la Santísima Trinidad, para dar gracias por la promulgación del decreto en el que se declaran heroicas las virtudes de D. Eladio Mozas Santamera, su fundador.

Día 3: Consejo Episcopal. Imparte la conferencia: “El Concilio Vaticano II: un Concilio para el siglo XXI”, en el Ateneo de Santander, dentro del ciclo de conferencias organizadas por la Asociación Católica de Propagandistas, con motivo del quincuagésimo aniversario del Concilio Vaticano II y el vigésimo aniversario del Catecismo de la Iglesia Católica.

Día 4: Visita Pastoral a la parroquia de Roiz.

Día 5: Visita Pastoral a la parroquia de Oreña. Responso por eterno descanso de D. Antonio Sánchez Verdejo, padre del sacerdote D. José Luis Sánchez Crespo, en el tanatorio municipal de San Vicente de la Barquera. Visita a sacerdotes enfermos.

Día 6: Audiencias. Encuentro con niños de Acción Católica en el Obispado. Confirmaciones, de alumnos del colegio Sagrada Familia de Herrera de Camargo, en la Catedral.

Día 7: Visita Pastoral a la parroquia de Novalés – Cigüenza. Oración con los jóvenes en la Catedral.

Día 8: Ordenación episcopal de Mons. Juan Antonio Menéndez, Obispo Auxiliar de Oviedo, en la catedral asturiana. Confirmaciones en la parroquia San Agustín de Santander.

Día 9: Visita a un sacerdote enfermo. Confirmaciones en la parroquia San Vicente Mártir de Los Corrales de Buelna. Confirmaciones en la parroquia Santa María de Laredo de feligreses de las parroquias de Castro Urdiales, Colindres, Laredo y Mioño.

Día 10: Visita Pastoral a las parroquias de Treceño y San Vicente del Monte.

Día 11: Visita Pastoral a las parroquias de Toñanes y Cóbreces.

Día 12: Visita Pastoral a las parroquias de Abanillas – Portillo, Serdio – Estrada, Gandarilla, y las iglesias de La Acebosa y Abaño de la parroquia de San Vicente de la Barquera.

Día 13: Fiesta en la ermita de San Antonio de Padua en la parroquia de Caviedes.

Día 14: Audiencia. Confirmaciones en la iglesia Virgen del Faro de la parroquia de Cueto. Confirmaciones en la parroquia Nuestra Señora del Puerto de Santoña.

Día 15: Entrevista para un medio de comunicación. Reunión de Delegados y Directores de Secretariado Diocesanos. Fiesta de las Familias, organizada por la delegación diocesana de Familia y Vida, con motivo del fin de curso, en el seminario de Corbán. Vigilia Diocesana de Espigas, de la Adoración Nocturna, en la capilla de la residencia San José de Torrelavega.

52 (272)

Día 16: Visita Pastoral a la parroquia de Pesués – Pechón. Confirmaciones en la parroquia San José Obrero de Torrelavega.

Día 17: Reunión del Consejo Episcopal. Audiencias.

Día 18: Visita Pastoral a las parroquias de Rábago, Camijanes, Cades y Carmona.

Día 19: Visita Pastoral a la parroquia de San Vicente de la Barquera. Confirmaciones en la parroquia Santa María de los Ángeles de San Vicente de la Barquera.

Día 20: Audiencias. Institución de ministerios (Acólito y Lector) a D. José Luis Rodríguez Carcedo en la iglesia del Carmen de la parroquia de Colindres.

Día 21: Audiencia. Confirmaciones en la parroquia San Sebastián de Reinosa.

Día 22: Asamblea Diocesana de Laicos.

Día 23: Confirmaciones en la parroquia Santa Sofía de Santander. Confirmaciones en la parroquia San José Obrero de Torrelavega.

Días 25-26: Reunión de la Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal en Madrid.

EN LA PAZ DEL SEÑOR

Rvdo. D. Antonio Hernández Ovejero



Nació en Ponferrada (León) el 2 de junio de 1934. Profesor Mercantil. Estudios Eclesiástico en el Seminario Monte Corbán. Ordenado presbítero el 14 de marzo de 1964.

Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Piascas, Los Cos y Yebas (1964). Estudios en Madrid (1965 – 1966). Ecónomo de Cabanzón, Casamaría y Cades (1966). Ecónomo de Ajo (1969). Ecónomo de Arnüero e Isla con su actual parroquia (1974), deja estas parroquias en 1975.

Ecónomo de Güemes y Bareyo con su actual parroquia de Isla (1982), con Ajo. Deja Güemes (1984). Deja Bareyo (1994).

Falleció en Ajo el 22 de mayo de 2013. Funeral en la parroquia San Martín de Ajo el 24 de mayo de 2013. Inhumado en el cementerio de Ajo.

Iglesia en España

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

MENSAJE CON MOTIVO DE LA FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI

2 de Junio de 2013

1.- Dios es Amor

“Dios es amor” nos dice S. Juan (1 *Jn* 4, 8). Como el ser y el obrar son inseparables en Dios, todas sus obras son fruto de su amor infinito. Entre todas las criaturas, el hombre, creado a su imagen y semejanza, es el objeto principal de su amor: “Mis delicias están con los hijos de los hombres” (*Prov* 8, 31). Por eso, habiendo perdido el hombre la relación con Dios a causa del pecado original, y sufriendo por ello, como consecuencia, la muerte del alma, Dios, por amor, se comprometió a salvarle a toda costa. S. Juan nos lo dice así: “Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (*Jn* 3, 16). Este amor incondicional y generoso ha de ser, pues, la norma de comportamiento para todo cristiano.

2.- La perfección del cristiano está en amar

A los que hemos sido bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y manifestamos la voluntad de seguir a Jesucristo, nos ha dicho el Señor: “Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto” (*Mt* 5, 48). La perfección de Dios se manifiesta en su amor: por eso, después de lavar los pies a sus discípulos, dice: “os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis” (*Jn* 13, 15). Y en la reflexión que les ofrece después que Judas había salido para entregarle, añade: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros” (*Jn* 13, 34). Enseñándoles cómo debía ser ese amor, añade: “como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán que sois discípulos míos” (*Jn* 13, 34-35).

3.- La ley del amor es la ley de la Iglesia

La ley del amor es la ley de la Iglesia fundada por Jesucristo. Cuando el Señor envía a sus Apóstoles, fundamento de su Iglesia, para que anunciaran el Reino de Dios, les dice: “El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado” (*Mt* 10, 40). La Iglesia ha de predicar siempre a Jesucristo en quien y por quien se hace presente el Reino de Dios. Y Jesucristo es la expresión plena del amor de Dios. Por tanto, la Iglesia, que es el Cuerpo de Jesucristo y le tiene como Cabeza, no puede realizarse como tal si no vive y predica el amor a Dios y el amor de Dios que no hace distinción de personas. Por eso “toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano: busca su evangelización mediante la palabra y los sacramentos...y busca su promoción en los diversos ámbitos de la actividad humana. Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres”[1]. En consecuencia, la Iglesia no puede descuidar el servicio de la caridad, como no puede omitir los Sacramentos y la Palabra”[2]. “Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia”[3].

4.- La Iglesia es el sujeto de la caridad

La caridad no es un ejercicio de la Iglesia reservado a algunos especialmente capacitados y dedicados a este servicio. Es un deber de todos y cada uno de los bautizados. El amor a Dios y al prójimo son inseparables. Quien ama a Dios no puede olvidar el amor al prójimo; ambos tienen su origen en Dios que nos ha amado primero y que nos ama siempre. Por tanto, nuestro amor no es una imposición de Dios o un precepto para mayor perfección. Es, sencillamente, una respuesta o una correspondencia lógica y necesaria a Dios que nos ha amado primero[4].

En razón de ello, podemos entender que en el reciente *Motu proprio* sobre el servicio de la caridad[5], insista sobre lo que ya dijo Benedicto XVI en la Encíclica “*Deus Caritas est*”: “todos los fieles tienen el derecho y el deber de implicarse personalmente para vivir el mandamiento nuevo que Cristo nos dejó, brindando al hombre contemporáneo no sólo sustento material, sino también sosiego y cuidado del alma”[6].

5.- La dimensión caritativa en la responsabilidad de los pastores

Por todo ello, la promoción y orientación del ejercicio de la caridad es responsabilidad del Obispo como Pastor de la Iglesia particular. Y, “en la medida en que dichas actividades las promueva la propia Jerarquía, o cuenten explícitamente con el apoyo de la autoridad de los Pastores, es preciso garantizar que su gestión se lleve a cabo de acuerdo con las exigencias de las enseñanzas de la Iglesia y con las intenciones de los fieles”[7].

6.- Eucaristía y caridad

La Eucaristía, “sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de caridad”[8], “nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo el Logos, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. Él nos atrae hacia sí”[9]. Por ello, la Eucaristía es la fuente de la verdadera caridad. “En la Eucaristía Jesús nos hace testigos de la compasión de Dios por cada hermano y hermana. Nace así, en torno al Misterio eucarístico, el servicio de la caridad para con el prójimo, que consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada y ni siquiera conozco”[10].

Así como el amor a Dios, especialmente cultivado en la Eucaristía, es el motor del amor al prójimo, también es cierto que “el amor al prójimo es un camino para encontrar a Dios. Cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios[11].

La Eucaristía, signo de unidad, es el fundamento y el alimento de la comunidad eclesial. Por tanto, la caridad, que brota de la Eucaristía, debe tener una dimensión eclesial, comunitaria; de tal modo que no quede como un ejercicio particular sino como la colaboración de cada uno en la obra de la Iglesia, sea a través de la parroquia, o de otra comunidad cristiana. El espíritu de caridad alimentado en la Eucaristía nos capacita para atender al prójimo (“cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar”)[12], mirándole con los ojos de Cristo. Entonces podemos descubrir sus necesidades reales y ofrecerle mucho más que cosas externas necesarias. Podremos ofrecerle la mirada de amor que él necesita[13]; la mirada de amor que merece Jesucristo. “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”[14].

7.- La íntima relación entre la fe y la caridad

En el Año de la Fe, es muy oportuna la reflexión acerca del mandato del amor fraterno, porque este no resulta plenamente lógico desde perspectivas simplemente humanas. Sin fe no es posible descubrir en el hermano doliente y necesitado, sea conocido o desconocido, amigo o enemigo, agradable o desagradable, su esencial condición de imagen y semejanza de Dios y, por tanto, el rostro de Jesucristo, varón de dolores que se refleja en él y que merece toda nuestra atención.

La caridad exige de nosotros una constante conversión que nos permita vencer todo egoísmo y olvido de los demás, y asumir la entrega generosa de lo que somos y tenemos. Pero este cambio sincero y profundo no es posible si no es movido por la fe. Así nos lo enseña Benedicto XVI: “La fe que actúa por el amor se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre”[15]. Y, al mismo tiempo, “la fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo”[16]. La fe está en el origen de la vida eclesial; los fieles cristianos movidos por la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía ponían en común todos los bienes para atender las necesidades de los hermanos[17]. Todo ello nos lleva a concluir que “la fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda. La fe y el amor se necesitan mutuamente. De modo que una permite a la otra seguir su camino”[18].

Debemos aprovechar, pues, el Año de la Fe como una oportunidad providencial para intensificar el testimonio de la caridad.

8.- Tres incentivos para el ejercicio de la caridad

El Año de la Fe, la celebración de la Eucaristía en la fiesta del Corpus Christi, y el aniversario del Concilio Vaticano II, especialmente explícito en la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo, han de constituir un motivo especial de reflexión, de conversión y de proyectos personales y comunitarios ordenados al mejor ejercicio de la caridad con los necesitados.

9.- Una llamada a servir a los pobres

Jesús se ciñó la toalla, con humildad asumió el oficio de los esclavos y lavó los pies de los apóstoles. Precioso icono que nos invita a acercarnos a los hermanos más pobres, a los que sufren, a los más necesitados despojándo-

nos de toda riqueza, de toda actitud de suficiencia, compartiendo con ellos lo que somos y tenemos. Sólo la solidaridad nos ayudará a avanzar por caminos que den vida y esperanza a los hermanos más pobres. *Vivir sencillamente ayudará a que otros, sencillamente, puedan vivir*, nos dice la campaña institucional de Caritas para este Año de la Fe.

Aprovechemos la llamada de Dios a través de la Iglesia y la gracia que el Señor nos ofrece constantemente para que avancemos en nuestra conversión rompiendo con individualismos egoístas y abriendo el alma a la generosidad del amor según el ejemplo de Jesucristo.

Escuchemos el clamor de los que mueren de hambre en el Tercer Mundo, de los que están en paro, de los mayores solos y de los enfermos, de los desahuciados y víctimas de violencia, que sientan el amor y la cercanía de todos nosotros a través de nuestro compromiso solidario.

5 de mayo de 2013

- [1] BENEDICTO XVI, Deus caritas est, n. 19.
- [2] BENEDICTO XVI, Deus caritas est, n. 22.
- [3] BENEDICTO XVI, Deus caritas est, n. 25.
- [4] Cf. BENEDICTO XVI, Deus caritas est, nn.1y 17.
- [5] BENEDICTO XVI, Motu Proprio “Intima ecclesiae natura”, 11 de noviembre de 2012.
- [6] Cf. BENEDICTO XVI, Deus caritas est, n.28.
- [7] BENEDICTO XVI, Motu Proprio “Intima ecclesiae natura”. Proemio.
- [8] BENEDICTO XVI, Sacramentum caritatis, 47.
- [9] BENEDICTO XVI, Sacramentum caritatis, 11.
- [10] BENEDICTO XVI, Sacramentum caritatis, 88.
- [11] BENEDICTO XVI, Deus caritas est, n. 16.
- [12] BENEDICTO XVI, Deus caritas est, n. 15.
- [13] Cf. BENEDICTO XVI, Deus caritas est, n. 18.
- [14] Mt 25, 40.
- [15] BENEDICTO XVI, Porta fidei, n.6.
- [16] BENEDICTO XVI, Porta fidei, n.7.
- [17] Cf. Hch 4, 18-19.
- [18] BENEDICTO XVI, Deus caritas est, n. 14.

Nota de prensa final de la CCXXVII reunión de la Comisión Permanente

La Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (CEE) ha celebrado su CCXXVII reunión durante los días 25 y 26 de junio. Las Comisiones Episcopales han informado sobre el cumplimiento del Plan Pastoral y la Permanente ha aprobado, para su pase a la Asamblea Plenaria, los balances y liquidación presupuestaria del año 2012 del Fondo Común Interdiocesano de la CEE y de los órganos que de ella dependen.

Informe sobre la LOMCE

Los obispos han abordado diversos asuntos de seguimiento. Entre ellos, han estudiado un informe, presentado por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, sobre el Proyecto de “Ley Orgánica de Mejora de la Calidad de la Educación” (LOMCE).

Documento sobre educación afectivo-sexual

La Subcomisión Episcopal para la Familia y la Defensa de la Vida ha presentado un informe sobre el documento de la OMS “Estándares de educación sexual para Europa. Marco para las personas encargadas de formular políticas educativas, responsables y especialistas de salud”. Los obispos han mostrado su preocupación por este asunto, puesto que se plantea como un intento de promover un único modelo de instrucción en todo el continente europeo, y un modelo a seguir en el campo de la educación sexual. Los estándares propuestos no hacen ninguna referencia a principios morales. Entre otras cuestiones de gravedad, en el texto no se hace mención alguna al hecho de que la relación sexual con una persona menor de quince años en muchos países está penalizada.

Los obispos han debatido sobre el informe presentado y han decidido trabajar en la elaboración de un futuro documento sobre educación afectivo-sexual, que tenga en cuenta la formación de toda la comunidad cristiana en los fundamentos del evangelio del matrimonio y de la familia; una formación integral que permita afrontar los problemas y cuestiones que pueda presentar cualquier ideología.

Consejo de Fundaciones para los temas educativos socio-sanitarios

Los obispos han analizado también el borrador “Criterios básicos para el régimen de Fundaciones Canónicas privadas (socio-sanitarias, asistenciales y otras) constituidas por Institutos Religiosos y erigidas por la Conferencia Episcopal Española”, presentado por la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada y que pasará a la Asamblea Plenaria. La Permanente ha aprobado la propuesta de esa misma Comisión de constitución, en la Conferencia Episcopal Española, de un único Consejo de Fundaciones para los temas educativos y socio-sanitarios. Este asunto pasa también a la Asamblea Plenaria.

Otros temas

La Permanente ha estudiado una sugerencia del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización de constituir una Comisión específica dedicada a la Nueva Evangelización y la Catequesis. Se seguirá trabajando sobre ello y valorando la oportunidad de constituir en el futuro una Comisión como la citada.

Como es habitual en la Comisión Permanente del mes de junio, se ha aprobado el calendario de reuniones de los órganos de la Conferencia Episcopal para el próximo año. En 2014, las tres reuniones de la Comisión Permanente serán el 28 y 29 de enero; el 25 y 26 de junio; y el 30 de septiembre y 1 de octubre. Por su parte, las dos de la Asamblea Plenaria serán del 24 al 28 de febrero y del 17 al 21 de noviembre.

Nombramientos

A propuesta de la Comisión Episcopal de Pastoral, la Comisión Permanente ha autorizado el nombramiento del Rvdo. Sr. D. **Jesús Martínez Carracedo**, sacerdote de la diócesis de Tui-Vigo, como Director del Departamento de Pastoral de la Salud.

A propuesta de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, la Comisión Permanente ha realizado los siguientes nombramientos:

- **D^a. Basilisa Martín Gómez**, laica de la Diócesis de Segovia, como Presidenta General de “*Fraternidad Cristiana de Personas con Discapacidad*” (*FRATER*).

- **D. José Antonio Cecilia Ferrón**, laico de la Archidiócesis de Madrid, como Presidente de la “*Confederación Española de Asociaciones de Antiguos Alumnos de Enseñanza Católica*” (CEAAEC).
- **P. Javier Ilundáin Linaza, S.J.**, perteneciente a la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús, como Consiliario de la “*Confederación Española de Asociaciones de Antiguos Alumnos de Enseñanza Católica*” (CEAAEC).
- **D. Luis Hernando de Larramendi Martínez**, laico de la Archidiócesis de Madrid, como Presidente de “*Acción Social Empresarial*” (ASE).
- **D. Antonio Cano de Santayana Ortega**, sacerdote de la Diócesis de Toledo, con labor pastoral en Getafe, como Consiliario de “*Acción Social Empresarial*” (ASE).
- **D. Álvaro Martínez Moreno**, laico de la Diócesis de Córdoba, como Presidente Nacional del Movimiento “*Cursillos de Cristianidad*”.

Iglesia Universal

FRANCISCO

Homilías

SANTA MISA CON LOS MOVIMIENTOS ECLESIALES EN LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS

*Plaza de San Pedro
Domingo 19 de mayo de 2013*

Queridos hermanos y hermanas:

En este día, contemplamos y revivimos en la liturgia la efusión del Espíritu Santo que Cristo resucitado derramó sobre la Iglesia, un acontecimiento de gracia que ha desbordado el cenáculo de Jerusalén para difundirse por todo el mundo.

Pero, ¿qué sucedió en aquel día tan lejano a nosotros, y sin embargo, tan cercano, que llega adentro de nuestro corazón? San Lucas nos da la respuesta en el texto de los *Hechos de los Apóstoles* que hemos escuchado (2,1-11). El evangelista nos lleva hasta Jerusalén, al piso superior de la casa donde están reunidos los Apóstoles. El primer elemento que nos llama la atención es el estruendo que de repente vino del cielo, «como de viento que sopla fuertemente», y llenó toda la casa; luego, las «lenguas como llamaradas», que se dividían y se posaban encima de cada uno de los Apóstoles. Estruendo y lenguas de fuego son signos claros y concretos que tocan a los Apóstoles, no sólo exteriormente, sino también en su interior: en su mente y en su corazón. Como consecuencia, «se llenaron todos de Espíritu Santo», que desencadenó su fuerza irresistible, con resultados llamativos: «Empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse». Asistimos, entonces, a una situación totalmente sorprendente: una multitud se congrega y queda admirada porque cada uno oye hablar a los Apóstoles en su propia lengua. Todos experimentan algo nuevo, que nunca había sucedido: «Los

oímos hablar en nuestra lengua nativa». ¿Y de qué hablaban? «De las grandezas de Dios».

A la luz de este texto de los *Hechos de los Apóstoles*, deseo reflexionar sobre tres palabras relacionadas con la acción del Espíritu: novedad, armonía, misión.

1. La *novedad* nos da siempre un poco de miedo, porque nos sentimos más seguros si tenemos todo bajo control, si somos nosotros los que construimos, programamos, planificamos nuestra vida, según nuestros esquemas, seguridades, gustos. Y esto nos sucede también con Dios. Con frecuencia lo seguimos, lo acogemos, pero hasta un cierto punto; nos resulta difícil abandonarnos a Él con total confianza, dejando que el Espíritu Santo anime, guíe nuestra vida, en todas las decisiones; tenemos miedo a que Dios nos lleve por caminos nuevos, nos saque de nuestros horizontes con frecuencia limitados, cerrados, egoístas, para abrirnos a los suyos. Pero, en toda la historia de la salvación, cuando Dios se revela, aparece su novedad —Dios ofrece siempre novedad—, transforma y pide confianza total en Él: Noé, del que todos se ríen, construye un arca y se salva; Abrahán abandona su tierra, aferrado únicamente a una promesa; Moisés se enfrenta al poder del faraón y conduce al pueblo a la libertad; los Apóstoles, de temerosos y encerrados en el cenáculo, salen con valentía para anunciar el Evangelio. No es la novedad por la novedad, la búsqueda de lo nuevo para salir del aburrimiento, como sucede con frecuencia en nuestro tiempo. La novedad que Dios trae a nuestra vida es lo que verdaderamente nos realiza, lo que nos da la verdadera alegría, la verdadera serenidad, porque Dios nos ama y siempre quiere nuestro bien. Preguntémonos hoy: ¿Estamos abiertos a las “sorpresas de Dios”? ¿O nos encerramos, con miedo, a la novedad del Espíritu Santo? ¿Estamos decididos a recorrer los caminos nuevos que la novedad de Dios nos presenta o nos atrincheramos en estructuras caducas, que han perdido la capacidad de respuesta? Nos hará bien hacernos estas preguntas durante toda la jornada.

2. Una segunda idea: el Espíritu Santo, aparentemente, crea desorden en el Iglesia, porque produce diversidad de carismas, de dones; sin embargo, bajo su acción, todo esto es una gran riqueza, porque el Espíritu Santo es el Espíritu de unidad, que no significa uniformidad, sino reconducir todo a la *armonía*. En la Iglesia, la armonía la hace el Espíritu Santo. Un Padre de la Iglesia tiene una expresión que me gusta mucho: el Espíritu Santo “*ipse*

harmonia est". Él es precisamente la armonía. Sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división; y cuando somos nosotros los que queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homologación. Si, por el contrario, nos dejamos guiar por el Espíritu, la riqueza, la variedad, la diversidad nunca provocan conflicto, porque Él nos impulsa a vivir la variedad en la comunión de la Iglesia. Caminar juntos en la Iglesia, guiados por los Pastores, que tienen un especial carisma y ministerio, es signo de la acción del Espíritu Santo; la eclesialidad es una característica fundamental para los cristianos, para cada comunidad, para todo movimiento. La Iglesia es quien me trae a Cristo y me lleva a Cristo; los caminos paralelos son muy peligrosos. Cuando nos aventuramos a ir más allá (*proagon*) de la doctrina y de la Comunidad eclesial – dice el Apóstol Juan en la segunda lectura - y no permanecemos en ellas, no estamos unidos al Dios de Jesucristo (cf. *2Jn* v. 9). Así, pues, preguntémosnos: ¿Estoy abierto a la armonía del Espíritu Santo, superando todo exclusivismo? ¿Me dejo guiar por Él viviendo en la Iglesia y con la Iglesia?

3. El último punto. Los teólogos antiguos decían: el alma es una especie de barca de vela; el Espíritu Santo es el viento que sopla la vela para hacerla avanzar; la fuerza y el ímpetu del viento son los dones del Espíritu. Sin su fuerza, sin su gracia, no iríamos adelante. El Espíritu Santo nos introduce en el misterio del Dios vivo, y nos salvaguarda del peligro de una Iglesia gnóstica y de una Iglesia autorreferencial, cerrada en su recinto; nos impulsa a abrir las puertas para salir, para anunciar y dar testimonio de la bondad del Evangelio, para comunicar el gozo de la fe, del encuentro con Cristo. El Espíritu Santo es el alma de la *misión*. Lo que sucedió en Jerusalén hace casi dos mil años no es un hecho lejano, es algo que llega hasta nosotros, que cada uno de nosotros podemos experimentar. El Pentecostés del cenáculo de Jerusalén es el inicio, un inicio que se prolonga. El Espíritu Santo es el don por excelencia de Cristo resucitado a sus Apóstoles, pero Él quiere que llegue a todos. Jesús, como hemos escuchado en el Evangelio, dice: «Yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros» (*Jn* 14,16). Es el Espíritu Paráclito, el «Consolador», que da el valor para recorrer los caminos del mundo llevando el Evangelio. El Espíritu Santo nos muestra el horizonte y nos impulsa a las periferias existenciales para anun-

ciar la vida de Jesucristo. Preguntémonos si tenemos la tendencia a cerrarnos en nosotros mismos, en nuestro grupo, o si dejamos que el Espíritu Santo nos conduzca a la misión. Recordemos hoy estas tres palabras: novedad, armonía, misión.

La liturgia de hoy es una gran oración, que la Iglesia con Jesús eleva al Padre, para que renueve la efusión del Espíritu Santo. Que cada uno de nosotros, cada grupo, cada movimiento, en la armonía de la Iglesia, se dirija al Padre para pedirle este don. También hoy, como en su nacimiento, junto con María, la Iglesia invoca: «*Veni Sancte Spiritus!* – Ven, Espíritu Santo, llena el corazón de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». Amén.

A LOS OBISPOS DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ITALIANA

Basílica Vaticana

Jueves 23 de mayo de 2013

Queridos hermanos en el episcopado:

Las lecturas bíblicas que hemos escuchado nos hacen reflexionar. A mí me hicieron reflexionar mucho. He hecho como una meditación para nosotros Obispos, primero para mí, Obispo como vosotros, y la comparto con vosotros.

Es significativo —y estoy por ello especialmente contento— que nuestro primer encuentro tenga lugar precisamente aquí, en el sitio que custodia no sólo la tumba de Pedro, sino la memoria viva de su testimonio de fe, de su servicio a la verdad, de su entrega hasta el martirio por el Evangelio y por la Iglesia.

Esta tarde este altar de la Confesión se convierte de este modo en nuestro lago de Tiberíades, en cuyas orillas volvemos a escuchar el estupendo diálogo entre Jesús y Pedro, con las preguntas dirigidas al Apóstol, pero que deben resonar también en nuestro corazón de obispos.

«¿Me amas tú?». «¿Eres mi amigo?» (cf. *Jn* 21, 15 ss).

La pregunta está dirigida a un hombre que, a pesar de las solemnes declaraciones, se dejó llevar por el miedo y había negado.

«¿Me amas tú?». «¿Eres mi amigo?».

La pregunta se dirige a mí y a cada uno de nosotros, a todos nosotros: si evitamos responder de modo demasiado apresurado y superficial, la misma nos impulsa a mirarnos hacia adentro, a volver a entrar en nosotros mismos.

«¿Me amas tú?». «¿Eres mi amigo?».

Aquél que escruta los corazones (cf. *Rm* 8, 27) se hace mendigo de amor y nos interroga sobre la única cuestión verdaderamente esencial, preámbulo y condición para apacentar sus ovejas, sus corderos, su Iglesia. Todo ministerio se funda en esta intimidad con el Señor; vivir de Él es la medida de nuestro servicio eclesial, que se expresa en la disponibilidad a la obediencia, en el abajarse, como hemos escuchado en la *Carta a los Filipenses*, y a la donación total (cf. 2, 6-11).

Por lo demás, la consecuencia del amor al Señor es darlo todo —precisamente todo, hasta la vida misma— por Él: esto es lo que debe distinguir nuestro ministerio pastoral; es el papel de tornasol que dice con qué profundidad hemos abrazado el don recibido respondiendo a la llamada de Jesús y en qué medida estamos vinculados a las personas y a las comunidades que se nos han confiado. No somos expresión de una estructura o de una necesidad organizativa: también con el servicio de nuestra autoridad estamos llamados a ser signo de la presencia y de la acción del Señor resucitado, por lo tanto a edificar la comunidad en la caridad fraterna.

No es que esto se dé por descontado: también el amor más grande, en efecto, cuando no se alimenta continuamente, se debilita y se apaga. No sin motivo el apóstol Pablo pone en guardia: «Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño sobre el que el Espíritu Santo os ha puesto como guardianes para pastorear la Iglesia de Dios, que Él se adquirió con la sangre de su propio Hijo» (*Hch* 20, 28).

La falta de vigilancia —lo sabemos— hace tibio al Pastor; le hace distraído, olvidadizo y hasta intolerante; le seduce con la perspectiva de la carrera, la adulación del dinero y las componendas con el espíritu del mundo; le vuelve perezoso, transformándole en un funcionario, un clérigo preocupado más de sí mismo, de la organización y de las estructuras que del verdadero bien del pueblo de Dios. Se corre el riesgo, entonces, como el apóstol Pedro, de negar al Señor, incluso si formalmente se presenta y se habla en su nombre; se ofusca la santidad de la Madre Iglesia jerárquica, haciéndola menos fecunda.

¿Quiénes somos, hermanos, ante Dios? ¿Cuáles son nuestras pruebas? Tenemos muchas; cada uno de nosotros conoce las suyas. ¿Qué nos está diciendo el Señor a través de ellas? ¿Sobre qué nos estamos apoyando para superarlas?

Como lo fue para Pedro, la pregunta insistente y triste de Jesús puede dejarnos doloridos y más conscientes de la debilidad de nuestra libertad, tentada como lo es por mil condicionamientos internos y externos, que a menudo suscitan desconcierto, frustración, incluso incredulidad.

No son ciertamente estos los sentimientos y las actitudes que el Señor pretende suscitar; más bien, se aprovecha de ellos el Enemigo, el Diablo, para aislar en la amargura, en la queja y en el desaliento.

Jesús, buen Pastor, no humilla ni abandona en el remordimiento: en Él habla la ternura del Padre, que consuela y relanza; hace pasar de la disgregación de la vergüenza —porque verdaderamente la vergüenza nos disgrega— al entramado de la confianza; vuelve a donar valentía, vuelve a confiar responsabilidad, entrega a la misión.

Pedro, que purificado en el fuego del perdón pudo decir humildemente «Señor, Tú conoces todo; Tú sabes que te quiero» (*Jn* 21, 17). Estoy seguro de que todos nosotros podemos decirlo de corazón. Y Pedro purificado, en su primera Carta nos exhorta a apacentar «el rebaño de Dios [...], mirad por él, no a la fuerza, sino de buena gana [...], no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa; no como déspotas con quienes os ha tocado en suerte, sino convirtiéndoos en modelos del rebaño» (*I P* 5, 2-3).

Sí, ser Pastores significa creer cada día en la gracia y en la fuerza que nos viene del Señor, a pesar de nuestra debilidad, y asumir hasta el final la responsabilidad de caminar *delante* del rebaño, libres de los pesos que dificultan la sana agilidad apostólica, y sin indecisión al guiarlo, para hacer reconocible nuestra voz tanto para quienes han abrazado la fe como para quienes aún «no pertenecen a este rebaño» (*Jn* 10, 16): estamos llamados a hacer nuestro el sueño de Dios, cuya casa no conoce exclusión de personas o de pueblos, como anunciaba proféticamente Isaías en la primera Lectura (cf. *Is* 2, 2-5).

Por ello, ser Pastores quiere decir también disponerse a caminar *en medio* y *detrás* del rebaño: capaces de escuchar el silencioso relato de quien sufre y sostener el paso de quien teme ya no poder más; atentos a volver a levantar,

alentar e infundir esperanza. Nuestra fe sale siempre reforzada al compartirla con los humildes: dejemos de lado todo tipo de presunción, para inclinarnos ante quienes el Señor confió a nuestra solicitud. Entre ellos, reservemos un lugar especial, muy especial, a nuestros sacerdotes: sobre todo para ellos que nuestro corazón, nuestra mano y nuestra puerta permanezcan abiertas en toda circunstancia. Ellos son los primeros fieles que tenemos nosotros Obispos: nuestros sacerdotes. ¡Amémosles! ¡Amémosles de corazón! Son nuestros hijos y nuestros hermanos.

Queridos hermanos, la profesión de fe que ahora renovamos juntos no es un acto formal, sino renovación de nuestra respuesta al «Sígueme» con el que concluye el evangelio de Juan (21, 19): lleva a desplegar la propia vida según el proyecto de Dios, comprometiendo todo de sí mismo por el Señor Jesús. Que de aquí brote ese discernimiento que conoce y se hace cargo de los pensamientos, de las expectativas y necesidades de los hombres de nuestro tiempo.

Con este espíritu, agradezco de corazón a cada uno de vosotros vuestro servicio, vuestro amor a la Iglesia.

¡La Madre está aquí! Os pongo, y también yo me pongo, bajo el manto de María, Nuestra Señora.

*Madre del silencio, que custodia el misterio de Dios,
líbranos de la idolatría del presente, a la que se condena quien olvida.
Purifica los ojos de los Pastores con el colirio de la memoria:
volveremos a la lozanía de los orígenes, por una Iglesia orante y penitente.
Madre de la belleza, que florece de la fidelidad al trabajo cotidiano,
despiértanos del torpor de la pereza, de la mezquindad y del derrotismo.
Reviste a los Pastores de esa compasión que unifica e integra: descubriremos la alegría de una Iglesia sierva, humilde y fraterna.
Madre de la ternura, que envuelve de paciencia y de misericordia,
ayúdanos a quemar tristezas, impaciencias y rigidez de quien no conoce pertenencia.
Intercede ante tu Hijo para que sean ágiles nuestras manos, nuestros pies y nuestro corazón: edificaremos la Iglesia con la verdad en la caridad.
Madre, seremos el Pueblo de Dios, peregrino hacia el Reino. Amén.*

**VISITA A LA PARROQUIA ROMANA
DE SANTA ISABEL Y SAN ZACARÍAS**

*Solemnidad de la Santísima Trinidad
Domingo 26 de mayo de 2013*

El Papa Francisco improvisó las siguientes palabras tras el saludo del párroco.

Querido primer centinela, querido segundo centinela, queridísimos centinelas:

Me gusta lo que has dicho: que periferia tiene un sentido negativo, pero también positivo. ¿Sabes por qué? Porque la realidad en conjunto se entiende mejor no desde el centro, sino desde las periferias. Se comprende mejor. También esto que has dicho: convertirse en centinelas, ¿no?

Os doy las gracias por este oficio, por este trabajo de ser centinelas. Agradezco también la acogida, en este día de fiesta de la Trinidad. Aquí están los sacerdotes a quienes conocéis bien. Están también los dos secretarios del Papa, el Papa que está en el Vaticano, ¿eh? Hoy ha venido el Obispo aquí. Y estos dos trabajan bien. Pero uno de ellos, el padre Alfred, hoy celebra el aniversario de su ordenación sacerdotal: 29 años. ¡Un aplauso! Recemos por él y pidamos al menos otros 29 años. ¿Verdad? Así empezamos la Misa, con espíritu de piedad, en silencio, orando todos juntos por todos.

Tras la proclamación del Evangelio, el Santo Padre pronunció la homilía, desarrollando un diálogo con los niños y las niñas de Primera Comunión.

Queridos hermanos y hermanas:

El párroco, en sus palabras, me ha hecho recordar algo bello de la Virgen. Cuando la Virgen, en cuanto recibió el anuncio de que sería la madre de Jesús, y también el anuncio de que su prima Isabel estaba encinta —dice el Evangelio—, se fue deprisa; no esperó. No dijo: «Pero ahora yo estoy embarazada; debo atender mi salud. Mi prima tendrá amigas que a lo mejor la ayudarán». Ella percibió algo y «se puso en camino deprisa». Es bello pensar esto de la Virgen, de nuestra Madre, que va deprisa, porque tiene esto

dentro: ayudar. Va para ayudar, no para enorgullecerse y decir a la prima: «Oye, ahora mando yo, porque soy la mamá de Dios». No; no hizo eso. Fue a ayudar. Y la Virgen es siempre así. Es nuestra Madre, que siempre viene deprisa cuando tenemos necesidad. Sería bello añadir a las Letanías de la Virgen una que diga así: «Señora que vas deprisa, ruega por nosotros». Es bello esto, ¿verdad? Porque Ella siempre va deprisa, Ella no se olvida de sus hijos. Y cuando sus hijos están en dificultades, tienen una necesidad y la invocan, Ella acude deprisa. Y esto nos da una seguridad, una seguridad de tener a la Mamá al lado, a nuestro lado siempre. Se va, se camina mejor en la vida cuando tenemos a la mamá cerca. Pensemos en esta gracia de la Virgen, esta gracia que nos da: estar cerca de nosotros, pero sin hacernos esperar. ¡Siempre! Ella está —confiemos en esto— para ayudarnos. La Virgen que siempre va deprisa, por nosotros.

La Virgen nos ayuda también a entender bien a Dios, a Jesús, a entender bien la vida de Jesús, la vida de Dios, a entender bien quién es el Señor, cómo es el Señor, quién es Dios. A vosotros, niños, os pregunto: «¿Quién sabe quién es Dios?». Levantad la mano. Dime. ¡Eso! Creador de la Tierra. ¿Y cuántos Dios hay? ¿Uno? Pero a mí me han dicho que hay tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. ¿Cómo se explica esto? ¿Existe uno o existen tres? ¿Uno? ¿Uno? ¿Y cómo se explica que uno sea el Padre, otro el Hijo y otro el Espíritu Santo? ¡Más fuerte, más fuerte! Esa está bien. Son tres en uno, tres personas en uno. ¿Y qué hace el Padre? El Padre es el principio, el Padre, que ha creado todo, nos ha creado a nosotros. ¿Qué hace el Hijo? ¿Qué hace Jesús? ¿Quién sabe decir qué hace Jesús? ¿Nos ama? ¿Y qué más? ¡Trae la Palabra de Dios! Jesús viene a enseñarnos la Palabra de Dios. ¡Muy bien esto! ¿Y además? ¿Qué hizo Jesús en la tierra? ¡Nos ha salvado! Y Jesús vino para dar su vida por nosotros. El Padre crea a todos, crea el mundo; Jesús nos salva; ¿y el Espíritu Santo, qué hace? ¡Nos ama! ¡Te da el amor! Todos los niños juntos: el Padre crea a todos, crea el mundo; Jesús nos salva; y ¿el Espíritu Santo? ¡Nos ama! Y ésta es la vida cristiana: hablar con el Padre, hablar con el Hijo y hablar con el Espíritu Santo. Jesús nos ha salvado, pero también camina con nosotros en la vida. ¿Es verdad esto? ¿Y cómo camina? ¿Qué hace cuando camina con nosotros en la vida? Esto es difícil. ¡Quien lo diga gana el derbi! ¿Qué hace Jesús cuando camina con nosotros? ¡Más fuerte! Primero: nos ayuda. ¡Nos guía! ¡Muy bien! Camina con nosotros, nos ayuda, nos guía y nos enseña a ir adelante. Y Jesús nos da también la fuerza para caminar. ¿Es verdad? Nos sostiene. ¡Bien! En las dificultades,

¿verdad? ¡Y también con las tareas de la escuela! Nos sostiene, nos ayuda, nos guía, nos sostiene. ¡Eso es! Jesús va siempre con nosotros. Vale. Pero oíd, Jesús nos da la fuerza. ¿Cómo nos da la fuerza Jesús? ¡Vosotros sabéis cómo nos da la fuerza! ¡Más fuerte; no oigo! En la Comunión nos da la fuerza, precisamente nos ayuda con la fuerza. Él viene a nosotros. Pero cuando vosotros decís «nos da la Comunión», ¿un pedazo de pan te da tanta fuerza? ¿No es pan eso? ¿Es pan? Esto es pan, pero el que está en el altar ¿es pan o no es pan? ¡Parece pan! No es precisamente pan. ¿Qué es? Es el Cuerpo de Jesús. Jesús viene a nuestro corazón. Eso. Pensemos en esto, todos: el Padre nos ha dado la vida; Jesús nos ha dado la salvación, nos acompaña, nos guía, nos sostiene, nos enseña; ¿y el Espíritu Santo? ¿Qué nos da el Espíritu Santo? ¡Nos ama! Nos da el amor. Pensemos en Dios así y pidamos a la Virgen, la Virgen nuestra Madre, de prisa siempre para ayudarnos, que nos enseñe a entender bien cómo es Dios: cómo es el Padre, cómo es el Hijo y cómo es el Espíritu Santo. Así sea.

SANTA MISA EN LA SOLEMNIDAD DEL CORPUS CHRISTI

*Basílica de San Juan de Letrán
Jueves 30 de mayo de 2013*

Queridos hermanos y hermanas:

En el Evangelio que hemos escuchado hay una expresión de Jesús que me impresiona siempre: «Dadles vosotros de comer» (*Lc 9, 13*). Partiendo de esta frase, me dejo guiar por tres palabras: seguimiento, comunión, compartir.

Ante todo: ¿a quiénes hay que dar de comer? La respuesta la encontramos al inicio del pasaje evangélico: es la muchedumbre, la multitud. Jesús está en medio de la gente, la acoge, le habla, la atiende, le muestra la misericordia de Dios; en medio de ella elige a los Doce Apóstoles para estar con Él y sumergirse como Él en las situaciones concretas del mundo. Y la gente *le sigue*, le escucha, porque Jesús habla y actúa de un modo nuevo, con la autoridad de quien es auténtico y coherente, de quien habla y actúa con verdad, de quien dona la esperanza que viene de Dios, de quien es revelación del Rostro de un Dios que es amor. Y la gente, con alegría, bendice a Dios.

Esta tarde nosotros somos la multitud del Evangelio, también nosotros buscamos seguir a Jesús para escucharle, para entrar en comunión con Él en la Eucaristía, para acompañarle y para que nos acompañe. Preguntémosnos: ¿cómo sigo yo a Jesús? Jesús habla en silencio en el Misterio de la Eucaristía y cada vez nos recuerda que seguirle quiere decir salir de nosotros mismos y hacer de nuestra vida no una posesión nuestra, sino un don a Él y a los demás.

Demos un paso adelante: ¿de dónde nace la invitación que Jesús hace a los discípulos para que sacien ellos mismos a la multitud? Nace de dos elementos: ante todo de la multitud, que, siguiendo a Jesús, está a la intemperie, lejos de lugares habitados, mientras se hace tarde; y después de la preocupación de los discípulos, que piden a Jesús que despida a la muchedumbre para que se dirija a los lugares vecinos a hallar alimento y cobijo (cf. *Lc* 9, 12). Ante la necesidad de la multitud, he aquí la solución de los discípulos: que cada uno se ocupe de sí mismo; ¡despedir a la muchedumbre! ¡Cuántas veces nosotros cristianos hemos tenido esta tentación! No nos hacemos cargo de las necesidades de los demás, despidiéndoles con un piadoso: «Que Dios te ayude», o con un no tan piadoso: «Buena suerte», y si no te veo más... Pero la solución de Jesús va en otra dirección, una dirección que sorprende a los discípulos: «Dadles vosotros de comer». Pero ¿cómo es posible que seamos nosotros quienes demos de comer a una multitud? «No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos a comprar de comer para toda esta gente» (*Lc* 9, 13). Pero Jesús no se desanima: pide a los discípulos que hagan sentarse a la gente en comunidades de cincuenta personas, eleva los ojos al cielo, reza la bendición, parte los panes y los da a los discípulos para que los distribuyan (cf. *Lc* 9, 16). Es un momento de profunda *comunión*: la multitud saciada por la palabra del Señor se nutre ahora por su pan de vida. Y todos se saciaron, apunta el Evangelista (cf. *Lc* 9, 17).

Esta tarde, también nosotros estamos alrededor de la mesa del Señor, de la mesa del Sacrificio eucarístico, en la que Él nos dona de nuevo su Cuerpo, hace presente el único sacrificio de la Cruz. Es en la escucha de su Palabra, alimentándonos de su Cuerpo y de su Sangre, como Él hace que pasemos de ser multitud a ser comunidad, del anonimato a la comunión. La Eucaristía es el Sacramento de la comunión, que nos hace salir del individualismo para vivir juntos el seguimiento, la fe en Él. Entonces todos deberíamos preguntarnos ante el Señor: ¿cómo vivo yo la Eucaristía? ¿La vivo de modo anó-

nimo o como momento de verdadera comunión con el Señor, pero también con todos los hermanos y las hermanas que comparten esta misma mesa? ¿Cómo son nuestras celebraciones eucarísticas?

Un último elemento: ¿de dónde nace la multiplicación de los panes? La respuesta está en la invitación de Jesús a los discípulos: «Dadles vosotros...», «dar», *compartir*. ¿Qué comparten los discípulos? Lo poco que tienen: cinco panes y dos peces. Pero son precisamente esos panes y esos peces los que en las manos del Señor sacian a toda la multitud. Y son justamente los discípulos, perplejos ante la incapacidad de sus medios y la pobreza de lo que pueden poner a disposición, quienes acomodan a la gente y distribuyen — confiando en la palabra de Jesús— los panes y los peces que sacian a la multitud. Y esto nos dice que en la Iglesia, pero también en la sociedad, una palabra clave de la que no debemos tener miedo es «solidaridad», o sea, saber poner a disposición de Dios lo que tenemos, nuestras humildes capacidades, porque sólo compartiendo, sólo en el don, nuestra vida será fecunda, dará fruto. Solidaridad: ¡una palabra malmirada por el espíritu mundano!

Esta tarde, de nuevo, el Señor distribuye para nosotros el pan que es su Cuerpo, Él se hace don. Y también nosotros experimentamos la «solidaridad de Dios» con el hombre, una solidaridad que jamás se agota, una solidaridad que no acaba de sorprendernos: Dios se hace cercano a nosotros, en el sacrificio de la Cruz se abaja entrando en la oscuridad de la muerte para darnos su vida, que vence el mal, el egoísmo y la muerte. Jesús también esta tarde se da a nosotros en la Eucaristía, comparte nuestro mismo camino, es más, se hace alimento, el verdadero alimento que sostiene nuestra vida también en los momentos en los que el camino se hace duro, los obstáculos ralentizan nuestros pasos. Y en la Eucaristía el Señor nos hace recorrer su camino, el del servicio, el de compartir, el del don, y lo poco que tenemos, lo poco que somos, si se comparte, se convierte en riqueza, porque el poder de Dios, que es el del amor, desciende sobre nuestra pobreza para transformarla.

Así que preguntémosnos esta tarde, al adorar a Cristo presente realmente en la Eucaristía: ¿me dejo transformar por Él? ¿Dejo que el Señor, que se da a mi, me guíe para salir cada vez más de mi pequeño recinto, para salir y no tener miedo de dar, de compartir, de amarle a Él y a los demás?

Hermanos y hermanas: seguimiento, comunión, compartir. Oremos para que la participación en la Eucaristía nos provoque siempre: a seguir al Señor cada día, a ser instrumentos de comunión, a compartir con Él y con nuestro

prójimo lo que somos. Entonces nuestra existencia será verdaderamente fecunda. Amén.

Audiencias Generales

AUDIENCIA GENERAL

Como un verdadero papá

Plaza de San Pedro

Miércoles 8 de mayo de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El tiempo pascual que estamos viviendo con alegría, guiados por la liturgia de la Iglesia, es por excelencia el tiempo del Espíritu Santo donado «sin medida» (cf. Jn 3, 34) por Jesús crucificado y resucitado. Este tiempo de gracia se concluye con la fiesta de Pentecostés, en la que la Iglesia revive la efusión del Espíritu sobre María y los Apóstoles reunidos en oración en el Cenáculo.

Pero, ¿quién es el Espíritu Santo? En el Credo profesamos con fe: «Creo en el Espíritu Santo que es Señor y da la vida». La primera verdad a la que nos adherimos en el Credo es que el Espíritu Santo es «Kyrios», Señor. Esto significa que Él es verdaderamente Dios como lo es el Padre y el Hijo, objeto, por nuestra parte, del mismo acto de adoración y glorificación que dirigimos al Padre y al Hijo. El Espíritu Santo, en efecto, es la tercera Persona de la Santísima Trinidad; es el gran don de Cristo Resucitado que abre nuestra mente y nuestro corazón a la fe en Jesús como Hijo enviado por el Padre y que nos guía a la amistad, a la comunión con Dios.

Pero quisiera detenerme sobre todo en el hecho de que el Espíritu Santo es el manantial inagotable de la vida de Dios en nosotros. El hombre de todos los tiempos y de todos los lugares desea una vida plena y bella, justa y buena, una vida que no esté amenazada por la muerte, sino que madure y crezca hasta su plenitud. El hombre es como un peregrino que, atravesando los desiertos de la vida, tiene sed de un agua viva fluyente y fresca, capaz de saciar en profundidad su deseo profundo de luz, amor, belleza y paz. Todos sentimos este deseo. Y Jesús nos dona esta agua viva: esa agua es el Espíritu

Santo, que procede del Padre y que Jesús derrama en nuestros corazones. «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante», nos dice Jesús (Jn 10, 10).

Jesús promete a la Samaritana dar un «agua viva», superabundante y para siempre, a todos aquellos que le reconozcan como el Hijo enviado del Padre para salvarnos (cf. Jn 4, 5-26; 3, 17). Jesús vino para donarnos esta «agua viva» que es el Espíritu Santo, para que nuestra vida sea guiada por Dios, animada por Dios, nutrida por Dios. Cuando decimos que el cristiano es un hombre espiritual entendemos precisamente esto: el cristiano es una persona que piensa y obra según Dios, según el Espíritu Santo. Pero me pregunto: y nosotros, ¿pensamos según Dios? ¿Actuamos según Dios? ¿O nos dejamos guiar por otras muchas cosas que no son precisamente Dios? Cada uno de nosotros debe responder a esto en lo profundo de su corazón.

A este punto podemos preguntarnos: ¿por qué esta agua puede saciarnos plenamente? Nosotros sabemos que el agua es esencial para la vida; sin agua se muere; ella sacia la sed, lava, hace fecunda la tierra. En la Carta a los Romanos encontramos esta expresión: «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (5, 5). El «agua viva», el Espíritu Santo, Don del Resucitado que habita en nosotros, nos purifica, nos ilumina, nos renueva, nos transforma porque nos hace partícipes de la vida misma de Dios que es Amor. Por ello, el Apóstol Pablo afirma que la vida del cristiano está animada por el Espíritu y por sus frutos, que son «amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, lealtad, modestia, dominio de sí» (Ga 5, 22-23). El Espíritu Santo nos introduce en la vida divina como «hijos en el Hijo Unigénito». En otro pasaje de la Carta a los Romanos, que hemos recordado en otras ocasiones, san Pablo lo sintetiza con estas palabras: «Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues... habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos “Abba, Padre”. Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con Él, seremos también glorificados con Él» (8, 14-17). Este es el don precioso que el Espíritu Santo trae a nuestro corazón: la vida misma de Dios, vida de auténticos hijos, una relación de confianza, de libertad y de confianza en el amor y en la misericordia de Dios, que tiene como efecto también una mirada nueva hacia los demás, cercanos y lejanos, contemplados como herma-

nos y hermanas en Jesús a quienes hemos de respetar y amar. El Espíritu Santo nos enseña a mirar con los ojos de Cristo, a vivir la vida como la vivió Cristo, a comprender la vida como la comprendió Cristo. He aquí por qué el agua viva que es el Espíritu sacia la sed de nuestra vida, porque nos dice que somos amados por Dios como hijos, que podemos amar a Dios como sus hijos y que con su gracia podemos vivir como hijos de Dios, como Jesús. Y nosotros, ¿escuchamos al Espíritu Santo? ¿Qué nos dice el Espíritu Santo? Dice: Dios te ama. Nos dice esto. Dios te ama, Dios te quiere. Nosotros, ¿amamos de verdad a Dios y a los demás, como Jesús? Dejémonos guiar por el Espíritu Santo, dejemos que Él nos hable al corazón y nos diga esto: Dios es amor, Dios nos espera, Dios es el Padre, nos ama como verdadero papá, nos ama de verdad y esto lo dice sólo el Espíritu Santo al corazón, escuchemos al Espíritu Santo y sigamos adelante por este camino del amor, de la misericordia y del perdón. Gracias.

AUDIENCIA GENERAL **Para conocer la Verdad**

Plaza de San Pedro
Miércoles 15 de mayo de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!:

Hoy quisiera reflexionar sobre la acción que realiza el Espíritu Santo al guiar a la Iglesia y a cada uno de nosotros a la Verdad. Jesús mismo dice a los discípulos: el Espíritu Santo «os guiará hasta la verdad» (Jn 16, 13), siendo Él mismo «el Espíritu de la Verdad» (cf. Jn 14, 17; 15, 26; 16, 13).

Vivimos en una época en la que se es más bien escéptico respecto a la verdad. Benedicto XVI habló muchas veces de relativismo, es decir, de la tendencia a considerar que no existe nada definitivo y a pensar que la verdad deriva del consenso o de lo que nosotros queremos. Surge la pregunta: ¿existe realmente «la» verdad? ¿Qué es «la» verdad? ¿Podemos conocerla? ¿Podemos encontrarla? Aquí me viene a la mente la pregunta del Procurador romano Poncio Pilato cuando Jesús le revela el sentido profundo de su misión: «¿Qué es la verdad?» (Jn 18, 38). Pilato no logra entender que «la» Verdad está ante él, no logra ver en Jesús el rostro de la verdad, que es el

rostro de Dios. Sin embargo, Jesús es precisamente esto: la Verdad, que, en la plenitud de los tiempos, «se hizo carne» (Jn 1, 1.14), vino en medio de nosotros para que la conociéramos. La verdad no se aferra como una cosa, la verdad se encuentra. No es una posesión, es un encuentro con una Persona.

Pero, ¿quién nos hace reconocer que Jesús es «la» Palabra de verdad, el Hijo unigénito de Dios Padre? San Pablo enseña que «nadie puede decir: “¡Jesús es Señor!”», sino por el Espíritu Santo» (1 Co 12, 3). Es precisamente el Espíritu Santo, el don de Cristo Resucitado, quien nos hace reconocer la Verdad. Jesús lo define el «Paráclito», es decir, «aquel que viene a ayudar», que está a nuestro lado para sostenernos en este camino de conocimiento; y, durante la última Cena, Jesús asegura a los discípulos que el Espíritu Santo enseñará todo, recordándoles sus palabras (cf. Jn 14, 26).

¿Cuál es, entonces, la acción del Espíritu Santo en nuestra vida y en la vida de la Iglesia para guiarnos a la verdad? Ante todo, recuerda e imprime en el corazón de los creyentes las palabras que dijo Jesús, y, precisamente a través de tales palabras, la ley de Dios —como habían anunciado los profetas del Antiguo Testamento— se inscribe en nuestro corazón y se convierte en nosotros en principio de valoración en las opciones y de guía en las acciones cotidianas; se convierte en principio de vida. Se realiza así la gran profecía de Ezequiel: «os purificaré de todas vuestras inmundicias e idolatrías, y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo... Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos» (36, 25-27). En efecto, es del interior de nosotros mismos de donde nacen nuestras acciones: es precisamente el corazón lo que debe convertirse a Dios, y el Espíritu Santo lo transforma si nosotros nos abrimos a Él.

El Espíritu Santo, luego, como promete Jesús, nos guía «hasta la verdad plena» (Jn 16, 13); nos guía no sólo al encuentro con Jesús, plenitud de la Verdad, sino que nos guía incluso «dentro» de la Verdad, es decir, nos hace entrar en una comunión cada vez más profunda con Jesús, donándonos la inteligencia de las cosas de Dios. Y esto no lo podemos alcanzar con nuestras fuerzas. Si Dios no nos ilumina interiormente, nuestro ser cristianos será superficial. La Tradición de la Iglesia afirma que el Espíritu de la Verdad actúa en nuestro corazón suscitando el «sentido de la fe» (*sensus fidei*) a través del cual, como afirma el Concilio Vaticano II, el Pueblo de Dios, bajo la guía del Magisterio, se adhiere indefectiblemente a la fe transmitida, la pro-

fundiza con recto juicio y la aplica más plenamente en la vida (cf. Const. dogm. *Lumen gentium*, 12). Preguntémonos: ¿estoy abierto a la acción del Espíritu Santo, le pido que me dé luz, me haga más sensible a las cosas de Dios? Esta es una oración que debemos hacer todos los días: «Espíritu Santo haz que mi corazón se abra a la Palabra de Dios, que mi corazón se abra al bien, que mi corazón se abra a la belleza de Dios todos los días». Quisiera hacer una pregunta a todos: ¿cuántos de vosotros rezan todos los días al Espíritu Santo? Serán pocos, pero nosotros debemos satisfacer este deseo de Jesús y rezar todos los días al Espíritu Santo, para que nos abra el corazón hacia Jesús.

Pensemos en María, que «conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (Lc 2, 19.51). La acogida de las palabras y de las verdades de la fe, para que se conviertan en vida, se realiza y crece bajo la acción del Espíritu Santo. En este sentido es necesario aprender de María, revivir su «sí», su disponibilidad total a recibir al Hijo de Dios en su vida, que quedó transformada desde ese momento. A través del Espíritu Santo, el Padre y el Hijo habitan junto a nosotros: nosotros vivimos en Dios y de Dios. Pero, nuestra vida ¿está verdaderamente animada por Dios? ¿Cuántas cosas antepongo a Dios?

Queridos hermanos y hermanas, necesitamos dejarnos inundar por la luz del Espíritu Santo, para que Él nos introduzca en la Verdad de Dios, que es el único Señor de nuestra vida. En este *Año de la fe* preguntémonos si hemos dado concretamente algún paso para conocer más a Cristo y las verdades de la fe, leyendo y meditando la Sagrada Escritura, estudiando el Catecismo, acercándonos con constancia a los Sacramentos. Preguntémonos al mismo tiempo qué pasos estamos dando para que la fe oriente toda nuestra existencia. No se es cristiano a «tiempo parcial», sólo en algunos momentos, en algunas circunstancias, en algunas opciones. No se puede ser cristianos de este modo, se es cristiano en todo momento. ¡Totalmente! La verdad de Cristo, que el Espíritu Santo nos enseña y nos dona, atañe para siempre y totalmente nuestra vida cotidiana. Invoquémosle con más frecuencia para que nos guíe por el camino de los discípulos de Cristo. Invoquémosle todos los días. Os hago esta propuesta: invoquemos todos los días al Espíritu Santo, así el Espíritu Santo nos acercará a Jesucristo.

AUDIENCIA GENERAL
La lengua que supera indiferencia y división
Plaza de San Pedro
Miércoles 22 de mayo de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el Credo, inmediatamente después de profesar la fe en el Espíritu Santo, decimos: «Creo en la Iglesia una, santa, católica y apostólica». Existe un vínculo profundo entre estas dos realidades de fe: es el Espíritu Santo, en efecto, quien da la vida a la Iglesia, quien guía sus pasos. Sin la presencia y la acción incesante del Espíritu Santo, la Iglesia no podría vivir y no podría realizar la tarea que Jesús resucitado le confió de ir y hacer discípulos a todos los pueblos (cf. Mt 28, 19). Evangelizar es la misión de la Iglesia, no sólo de algunos, sino la mía, la tuya, nuestra misión. El apóstol Pablo exclamaba: «¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio!» (1 Co 9, 16). Cada uno debe ser evangelizador, sobre todo con la vida. Pablo VI subrayaba que «evangelizar... es la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 14).

¿Quién es el verdadero motor de la evangelización en nuestra vida y en la Iglesia? Pablo VI escribía con claridad: «Él es quien, hoy igual que en los comienzos de la Iglesia, actúa en cada evangelizador que se deja poseer y conducir por Él, y pone en los labios las palabras que por sí solo no podría hallar, predisponiendo también el alma del que escucha para hacerla abierta y acogedora de la Buena Nueva y del reino anunciado» (ibid., 75). Para evangelizar, entonces, es necesario una vez más abrirse al horizonte del Espíritu de Dios, sin tener miedo de lo que nos pida y dónde nos guíe. ¡Recomendémonos a Él! Él nos hará capaces de vivir y testimoniar nuestra fe, e iluminará el corazón de quien encontremos. Esta fue la experiencia de Pentecostés: los Apóstoles, reunidos con María en el Cenáculo, «vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse» (Hch 2, 3-4). El Espíritu Santo, descendiendo sobre los Apóstoles, les hace salir de la sala en la que estaban encerrados por miedo, los hace salir de sí mismos, y les transforma en anunciadores y testigos de las «grandezas de Dios» (v. 11). Y esta transformación obrada por el Espíritu Santo se refleja en la multitud que

acudió al lugar venida «de todos los pueblos que hay bajo el cielo» (v. 5), porque cada uno escuchaba las palabras de los Apóstoles como si fueran pronunciadas en la propia lengua (cf. v. 6).

Aquí tenemos un primer efecto importante de la acción del Espíritu Santo que guía y anima el anuncio del Evangelio: la unidad, la comunión. En Babel, según el relato bíblico, se inició la dispersión de los pueblos y la confusión de las lenguas, fruto del gesto de soberbia y de orgullo del hombre que quería construir, sólo con las propias fuerzas, sin Dios, «una ciudad y una torre que alcance el cielo» (Gn 11, 4). En Pentecostés se superan estas divisiones. Ya no hay más orgullo hacia Dios, ni la cerrazón de unos con otros, sino que está la apertura a Dios, está el salir para anunciar su Palabra: una lengua nueva, la del amor que el Espíritu Santo derrama en los corazones (cf. Rm 5, 5); una lengua que todos pueden comprender y que, acogida, se puede expresar en toda existencia y en toda cultura. La lengua del Espíritu, la lengua del Evangelio es la lengua de la comunión, que invita a superar cerrazones e indiferencias, divisiones y contraposiciones. Deberíamos preguntarnos todos: ¿cómo me dejo guiar por el Espíritu Santo de modo que mi vida y mi testimonio de fe sea de unidad y comunión? ¿Llevo la palabra de reconciliación y de amor que es el Evangelio a los ambientes en los que vivo? A veces parece que se repite hoy lo que sucedió en Babel: divisiones, incapacidad de comprensión, rivalidad, envidias, egoísmo. ¿Qué hago con mi vida? ¿Creo unidad en mi entorno? ¿O divido, con las habladurías, las críticas, las envidias? ¿Qué hago? Pensemos en esto. Llevar el Evangelio es anunciar y vivir nosotros en primer lugar la reconciliación, el perdón, la paz, la unidad y el amor que el Espíritu Santo nos dona. Recordemos las palabras de Jesús: «En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (Jn 13, 35).

Un segundo elemento: el día de Pentecostés, Pedro, lleno de Espíritu Santo, poniéndose en pie «con los Once» y «levantando la voz» (Hch 2, 14), anuncia «con franqueza» (v. 29) la buena noticia de Jesús, que dio su vida por nuestra salvación y que Dios resucitó de los muertos. He aquí otro efecto de la acción del Espíritu Santo: la valentía, de anunciar la novedad del Evangelio de Jesús a todos, con franqueza (parresia), en voz alta, en todo tiempo y lugar. Y esto sucede también hoy para la Iglesia y para cada uno de nosotros: del fuego de Pentecostés, de la acción del Espíritu Santo, se irradian siempre nuevas energías de misión, nuevos caminos por los cuales anunciar

el mensaje de salvación, nueva valentía para evangelizar. ¡No nos cerremos nunca a esta acción! ¡Vivamos con humildad y valentía el Evangelio! Testimoniemos la novedad, la esperanza, la alegría que el Señor trae a la vida. Sintamos en nosotros «la dulce y confortadora alegría de evangelizar» (Pablo VI, Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 80). Porque evangelizar, anunciar a Jesús, nos da alegría; en cambio, el egoísmo nos trae amargura, tristeza, tira tira de nosotros hacia abajo; evangelizar nos lleva arriba.

Indico solamente un tercer elemento, que, sin embargo, es particularmente importante: una nueva evangelización, una Iglesia que evangeliza debe partir siempre de la oración, de pedir, como los Apóstoles en el Cenáculo, el fuego del Espíritu Santo. Sólo la relación fiel e intensa con Dios permite salir de las propias cerrazones y anunciar con parresia el Evangelio. Sin la oración nuestro obrar se vuelve vacío y nuestro anuncio no tiene alma, ni está animado por el Espíritu.

Queridos amigos, como afirmó Benedicto XVI, hoy la Iglesia «siente sobre todo el viento del Espíritu Santo que nos ayuda, nos muestra el camino justo; y así, con nuevo entusiasmo, me parece, estamos en camino y damos gracias al Señor» (*Discurso en la Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos*, 27 de octubre de 2012: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 4 de noviembre de 2012, p. 2). Renovemos cada día la confianza en la acción del Espíritu Santo, la confianza en que Él actúa en nosotros, Él está dentro de nosotros, nos da el fervor apostólico, nos da la paz, nos da la alegría. Dejémonos guiar por Él, seamos hombres y mujeres de oración, que testimonian con valentía el Evangelio, siendo en nuestro mundo instrumentos de la unidad y de la comunión con Dios. Gracias.

AUDIENCIA GENERAL
El calor de la Iglesia familia de Dios
Plaza de San Pedro
Miércoles 29 de mayo de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El miércoles pasado subrayé el vínculo profundo entre el Espíritu Santo y la Iglesia. Hoy desearía empezar algunas catequesis sobre el misterio de la Iglesia, misterio que todos nosotros vivimos y del que somos parte. Lo querría hacer con expresiones bien presentes en los textos del Concilio Ecuménico Vaticano II.

Hoy la primera: la Iglesia como familia de Dios.

En estos meses, más de una vez he hecho referencia a la parábola del hijo pródigo, o mejor del padre misericordioso (cf. Lc 15, 11-32). El hijo menor deja la casa del padre, despilfarra todo y decide regresar porque se da cuenta de haber errado, pero ya no se considera digno de ser hijo y piensa que puede ser acogido de nuevo como siervo. Sin embargo el padre corre a su encuentro, le abraza, le restituye la dignidad de hijo y hace fiesta. Esta parábola, como otras en el Evangelio, indica bien el proyecto de Dios sobre la humanidad.

¿Cuál es el proyecto de Dios? Es hacer de todos nosotros una única familia de sus hijos, en la que cada uno le sienta cercano y se sienta amado por Él, como en la parábola evangélica; sienta el calor de ser familia de Dios. En este gran proyecto encuentra su raíz la Iglesia, que no es una organización nacida de un acuerdo de algunas personas, sino que es —como nos recordó tantas veces el Papa Benedicto XVI— obra de Dios, nace precisamente de este proyecto de amor que se realiza progresivamente en la historia. La Iglesia nace del deseo de Dios de llamar a todos los hombres a la comunión con Él, a su amistad, es más, a participar como sus hijos en su propia vida divina. La palabra misma «Iglesia», del griego *ekklesia*, significa «convocación»: Dios nos convoca, nos impulsa a salir del individualismo, de la tendencia a encerrarse en uno mismo, y nos llama a formar parte de su familia. Y esta llamada tiene su origen en la creación misma. Dios nos ha creado para que vivamos en una relación de profunda amistad con Él, y aun cuando el pecado ha roto esta relación con Él, con los demás y con la creación, Dios

no nos ha abandonado. Toda la historia de la salvación es la historia de Dios que busca al hombre, le ofrece su amor, le acoge. Llamó a Abrahán a ser padre de una multitud, eligió al pueblo de Israel para establecer una alianza que abrace a todas las gentes, y envió, en la plenitud de los tiempos, a su Hijo para que su proyecto de amor y de salvación se realice en una nueva y eterna alianza con la humanidad entera. Cuando leemos los Evangelios, vemos que Jesús reúne en torno a sí a una pequeña comunidad que acoge su palabra, le sigue, comparte su camino, se convierte en su familia, y con esta comunidad Él prepara y construye su Iglesia.

¿De dónde nace entonces la Iglesia? Nace del gesto supremo de amor de la Cruz, del costado abierto de Jesús del que brotan sangre y agua, símbolos de los Sacramentos de la Eucaristía y del Bautismo. En la familia de Dios, en la Iglesia, la savia vital es el amor de Dios que se concreta en amarle a Él y a los demás, a todos, sin distinción ni medida. La Iglesia es familia en la que se ama y se es amado.

¿Cuándo se manifiesta la Iglesia? Lo celebramos hace dos domingos: se manifiesta cuando el don del Espíritu Santo llena el corazón de los Apóstoles y les impulsa a salir e iniciar el camino para anunciar el Evangelio, difundir el amor de Dios.

Todavía hay quien dice hoy: «Cristo sí, la Iglesia no». Como los que dicen: «yo creo en Dios, pero no en los sacerdotes». Pero es precisamente la Iglesia la que nos lleva a Cristo y nos lleva a Dios; la Iglesia es la gran familia de los hijos de Dios. Ciertamente, también tiene aspectos humanos; en quienes la componen, pastores y fieles, existen defectos, imperfecciones, pecados; también el Papa los tiene, y tiene muchos, pero es bello que cuando nos damos cuenta de ser pecadores encontramos la misericordia de Dios, que siempre nos perdona. No lo olvidemos: Dios siempre perdona y nos recibe en su amor de perdón y de misericordia. Hay quien dice que el pecado es una ofensa a Dios, pero también una oportunidad de humillación para percatarse de que existe otra cosa más bella: la misericordia de Dios. Pensemos en esto.

Preguntémonos hoy: ¿cuánto amo a la Iglesia? ¿Rezo por ella? ¿Me siento parte de la familia de la Iglesia? ¿Qué hago para que sea una comunidad donde cada uno se sienta acogido y comprendido, sienta la misericordia y el amor de Dios que renueva la vida? La fe es un don y un acto que nos in-

cumbe personalmente, pero Dios nos llama a vivir juntos nuestra fe, como familia, como Iglesia.

Pidamos al Señor, de manera del todo especial en este *Año de la fe*, que nuestras comunidades, toda la Iglesia, sean cada vez más verdaderas familias que viven y llevan el calor de Dios.

AUDIENCIA GENERAL ***Contagiados por la cultura del descarte***

Plaza de San Pedro
Miércoles 5 de junio de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy desearía detenerme en la cuestión del medio ambiente, como ya he tenido oportunidad de hacer en varias ocasiones. Me lo sugiere además la Jornada mundial del medio ambiente, de hoy, promovida por las Naciones Unidas, que lanza un fuerte llamamiento a la necesidad de eliminar el desperdicio y la destrucción de alimentos.

Cuando hablamos de medio ambiente, de la creación, mi pensamiento se dirige a las primeras páginas de la Biblia, al libro del *Génesis*, donde se afirma que Dios puso al hombre y a la mujer en la tierra para que la cultivaran y la custodiaran (cf. 2, 15). Y me surgen las preguntas: ¿qué quiere decir cultivar y custodiar la tierra? ¿Estamos verdaderamente cultivando y custodiando la creación? ¿O bien la estamos explotando y descuidando? El verbo «cultivar» me recuerda el cuidado que tiene el agricultor de su tierra para que dé fruto y éste se comparta: ¡cuánta atención, pasión y dedicación! Cultivar y custodiar la creación es una indicación de Dios dada no sólo al inicio de la historia, sino a cada uno de nosotros; es parte de su proyecto; quiere decir hacer crecer el mundo con responsabilidad, transformarlo para que sea un jardín, un lugar habitable para todos. Benedicto XVI recordó varias veces que esta tarea que nos ha encomendado Dios Creador requiere percibir el ritmo y la lógica de la creación. Nosotros en cambio nos guiamos a menudo

por la soberbia de dominar, de poseer, de manipular, de explotar; no la «custodiamos», no la respetamos, no la consideramos como un don gratuito que hay que cuidar. Estamos perdiendo la actitud del estupor, de la contemplación, de la escucha de la creación; y así ya no logramos leer en ella lo que Benedicto XVI llama «el ritmo de la historia de amor de Dios con el hombre». ¿Por qué sucede esto? Porque pensamos y vivimos de manera horizontal, nos hemos alejado de Dios, ya no leemos sus signos.

Pero «cultivar y custodiar» no comprende sólo la relación entre nosotros y el medio ambiente, entre el hombre y la creación; se refiere también a las relaciones humanas. Los Papas han hablado de *ecología humana*, estrechamente ligada a la *ecología medioambiental*. Nosotros estamos viviendo un momento de crisis; lo vemos en el medio ambiente, pero sobre todo lo vemos en el hombre. La persona humana está en peligro: esto es cierto, la persona humana hoy está en peligro; ¡he aquí la urgencia de la ecología humana! Y el peligro es grave porque la causa del problema no es superficial, sino profunda: no es sólo una cuestión de economía, sino de ética y de antropología. La Iglesia lo ha subrayado varias veces; y muchos dicen: sí, es justo, es verdad... Pero el sistema sigue como antes, pues lo que domina son las dinámicas de una economía y de unas finanzas carentes de ética. Lo que manda hoy no es el hombre: es el dinero, el dinero; la moneda manda. Y la tarea de custodiar la tierra, Dios Nuestro Padre la ha dado no al dinero, sino a nosotros: a los hombres y a las mujeres, ¡nosotros tenemos este deber! En cambio hombres y mujeres son sacrificados a los ídolos del beneficio y del consumo: es la «cultura del descarte». Si se estropea un *computer* es una tragedia, pero la pobreza, las necesidades, los dramas de tantas personas acaban por entrar en la normalidad. Si una noche de invierno, aquí cerca, en la vía Ottaviano por ejemplo, muere una persona, eso no es noticia. Si en tantas partes del mundo hay niños que no tienen qué comer, eso no es noticia, parece normal. ¡No puede ser así! Con todo, estas cosas entran en la normalidad: que algunas personas sin techo mueren de frío en la calle no es noticia. Al contrario, una bajada de diez puntos en las bolsas de algunas ciudades constituye una tragedia. Alguien que muere no es una noticia, ¡pero si bajan diez puntos las bolsas es una tragedia! Así las personas son descartadas, como si fueran residuos.

Esta «cultura del descarte» tiende a convertirse en mentalidad común, que contagia a todos. La vida humana, la persona, ya no es percibida como valor primario que hay que respetar y tutelar, especialmente si es pobre o discapacitada, si no sirve todavía —como el nascituro— o si ya no sirve —como el anciano—. Esta cultura del descarte nos ha hecho insensibles también al derroche y al desperdicio de alimentos, cosa aún más deplorable cuando en cualquier lugar del mundo, lamentablemente, muchas personas y familias sufren hambre y malnutrición. En otro tiempo nuestros abuelos cuidaban mucho que no se tirara nada de comida sobrante. El consumismo nos ha inducido a acostumbrarnos a lo superfluo y al desperdicio cotidiano de alimento, al cual a veces ya no somos capaces de dar el justo valor, que va más allá de los meros parámetros económicos. ¡Pero recordemos bien que el alimento que se desecha es como si se robara de la mesa del pobre, de quien tiene hambre! Invito a todos a reflexionar sobre el problema de la pérdida y del desperdicio del alimento a fin de identificar vías y modos que, afrontando seriamente tal problemática, sean vehículo de solidaridad y de compartición con los más necesitados.

Hace pocos días, en la fiesta de Corpus Christi, leímos el relato del milagro de los panes: Jesús da de comer a la multitud con cinco panes y dos peces. Y la conclusión del pasaje es importante: «Comieron todos y se saciaron, y recogieron lo que les había sobrado: doce cestos» (*Lc 9, 17*). Jesús pide a los discípulos que nada se pierda: ¡nada de descartar! Y está este hecho de los doce cestos: ¿por qué doce? ¿Qué significa? Doce es el número de las tribus de Israel; representa simbólicamente a todo el pueblo. Y esto nos dice que cuando el alimento se comparte de modo equitativo, con solidaridad, nadie carece de lo necesario, cada comunidad puede ir al encuentro de las necesidades de los más pobres. Ecología humana y ecología medioambiental caminan juntas.

Así que desearía que todos asumiéramos el grave compromiso de respetar y custodiar la creación, de estar atentos a cada persona, de contrarrestar la cultura del desperdicio y del descarte, para promover una cultura de la solidaridad y del encuentro. Gracias.

AUDIENCIA GENERAL ***La ley del amor***

Plaza de San Pedro
Miércoles 12 de junio de 2013

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy desearía detenerme brevemente en otro de los términos con los que el Concilio Vaticano II definió a la Iglesia: «Pueblo de Dios» (cf. const. dogm. *Lumen gentium*, 9; *Catecismo de la Iglesia católica*, 782). Y lo hago con algunas preguntas sobre las cuales cada uno podrá reflexionar.

¿Qué quiere decir ser «Pueblo de Dios»? Ante todo quiere decir que Dios no pertenece en modo propio a pueblo alguno; porque es Él quien nos llama, nos convoca, nos invita a formar parte de su pueblo, y esta invitación está dirigida a todos, sin distinción, porque la misericordia de Dios «quiere que todos se salven» (*1 Tm* 2, 4). A los Apóstoles y a nosotros Jesús no nos dice que formemos un grupo exclusivo, un grupo de *élite*. Jesús dice: id y haced discípulos a todos los pueblos (cf. *Mt* 28, 19). San Pablo afirma que en el pueblo de Dios, en la Iglesia, «no hay judío y griego... porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (*Gal* 3, 28). Desearía decir también a quien se siente lejano de Dios y de la Iglesia, a quien es temeroso o indiferente, a quien piensa que ya no puede cambiar: el Señor te llama también a ti a formar parte de su pueblo y lo hace con gran respeto y amor. Él nos invita a formar parte de este pueblo, pueblo de Dios.

¿Cómo se llega a ser miembros de este pueblo? No es a través del nacimiento físico, sino de un nuevo nacimiento. En el Evangelio, Jesús dice a Nicodemo que es necesario nacer de lo alto, del agua y del Espíritu para entrar en el reino de Dios (cf. *Jn* 3, 3-5). Somos introducidos en este pueblo a través del Bautismo, a través de la fe en Cristo, don de Dios que se debe alimentar y hacer crecer en toda nuestra vida. Preguntémonos: ¿cómo hago crecer la fe que recibí en mi Bautismo? ¿Cómo hago crecer esta fe que yo recibí y que el pueblo de Dios posee?

La otra pregunta. ¿Cuál es la ley del pueblo de Dios? Es la ley del amor, amor a Dios y amor al prójimo según el mandamiento nuevo que nos dejó el Señor (cf. *Jn* 13, 34). Un amor, sin embargo, que no es estéril sentimentalismo o algo vago, sino que es reconocer a Dios como único Señor de la vida y, al mismo tiempo, acoger al otro como verdadero hermano, superando divisiones, rivalidades, incomprendimientos, egoísmos; las dos cosas van juntas. ¡Cuánto camino debemos recorrer aún para vivir en concreto esta nueva ley, la ley del Espíritu Santo que actúa en nosotros, la ley de la caridad, del amor! Cuando vemos en los periódicos o en la televisión tantas guerras entre cristianos, pero ¿cómo puede suceder esto? En el seno del pueblo de Dios, ¡cuántas guerras! En los barrios, en los lugares de trabajo, ¡cuántas guerras por envidia y celos! Incluso en la familia misma, ¡cuántas guerras internas! Nosotros debemos pedir al Señor que nos haga comprender bien esta ley del amor. Cuán hermoso es amarnos los unos a los otros como hermanos auténticos. ¡Qué hermoso es! Hoy hagamos una cosa: tal vez todos tenemos simpatías y no simpatías; tal vez muchos de nosotros están un poco enfadados con alguien; entonces digamos al Señor: Señor, yo estoy enfadado con este o con esta; te pido por él o por ella. Rezar por aquellos con quienes estamos enfadados es un buen paso en esta ley del amor. ¿Lo hacemos? ¡Hagámoslo hoy!

¿Qué misión tiene este pueblo? La de llevar al mundo la esperanza y la salvación de Dios: ser signo del amor de Dios que llama a todos a la amistad con Él; ser levadura que hace fermentar toda la masa, sal que da sabor y preserva de la corrupción, ser una luz que ilumina. En nuestro entorno, basta con abrir un periódico —como dije—, vemos que la presencia del mal existe, que el Diablo actúa. Pero quisiera decir en voz alta: ¡Dios es más fuerte! Vosotros, ¿creéis esto: que Dios es más fuerte? Pero lo decimos juntos, lo decimos todos juntos: ¡Dios es más fuerte! Y, ¿sabéis por qué es más fuerte? Porque Él es el Señor, el único Señor. Y desearía añadir que la realidad a veces oscura, marcada por el mal, puede cambiar si nosotros, los primeros, llevamos a ella la luz del Evangelio sobre todo con nuestra vida. Si en un estadio —pensemos aquí en Roma en el Olímpico, o en el de San Lorenzo en Buenos Aires—, en una noche oscura, una persona enciende una luz, se vislumbra apenas; pero si los más de setenta mil espectadores encienden cada uno la propia luz, el estadio se ilumina. Hagamos que nuestra vida sea una luz de Cristo; juntos llevaremos la luz del Evangelio a toda la realidad.

¿Cuál es la finalidad de este pueblo? El fin es el Reino de Dios, iniciado en la tierra por Dios mismo y que debe ser ampliado hasta su realización, cuando venga Cristo, nuestra vida (cf. *Lumen gentium*, 9). El fin, entonces, es la comunión plena con el Señor, la familiaridad con el Señor, entrar en su misma vida divina, donde viviremos la alegría de su amor sin medida, un gozo pleno.

Queridos hermanos y hermanas, ser Iglesia, ser pueblo de Dios, según el gran designio de amor del Padre, quiere decir ser el fermento de Dios en esta humanidad nuestra, quiere decir anunciar y llevar la salvación de Dios a este mundo nuestro, que a menudo está desorientado, necesitado de tener respuestas que alienten, que donen esperanza y nuevo vigor en el camino. Que la Iglesia sea espacio de la misericordia y de la esperanza de Dios, donde cada uno se sienta acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio. Y para hacer sentir al otro acogido, amado, perdonado y alentado, la Iglesia debe tener las puertas abiertas para que todos puedan entrar. Y nosotros debemos salir por esas puertas y anunciar el Evangelio.